

Palabra

REVISTA CULTURAL

FEBRERO 2024 | NÚMERO 27

Fotografía: Naturaleza muerta con Voltaire / Enrique Botello

VOLTAIRE, EL PELIGRO DE LA LIBERTAD

Por Fernando Mancillas





EDITORIAL



Adiós a “San José Agustín”

Como era usual en aquellos años —asistir de telonero en el espectáculo principal, documento en mano (para facilitarle datos a los medios)—, introduje a José Agustín (1944-2023) comentando su obra, vasta y en diversos registros (fluida y madura para todo adolescente).

Era la sala Bodegas de Santo Tomás y “San José Agustín” traía malabareando en llamas su *Tragicomedia Mexicana*: 1, 2 y 3 —la vida en México de 1940 a 1995—, y en un paralelismo de afirmaciones, sarcasmos y ejemplos claros sacamos, entre risas y aplausos, su noche ensenadense, sin faltar en el ambiente los fogonazos de los ofendidos, casi todos portadores de ideologías huecas.

Conocer las *Tragicomedias* de José Agustín es un acto inherente a la honestidad, sobre todo para no confundir las elecciones con la democracia, al miedo con la precaución, ni a la televisión con la realidad.

Eran años de innegable compromiso social, y en ese tiempo, 1997, publicaba mis escritos en una columna llamada “Luna láser” en el semanario *Siete Días* que, en San Luis Río Colorado y Mexicali, coordinaba Sergio Haro Cordero (1957-2017). Gracias al periodista Arturo López Juan —actual Director General de este diario— el documento se publicó en *El Universal*, medio donde López Juan tenía la corresponsalía de Baja California. Del registro fotográfico se encargó Enrique Botello (arriba), abordando la afabilidad de José Agustín —buena onda— en la Sala de Usos Múltiples de Extensión Universitaria (UABC), horas antes de la presentación nocturna.

Bien dijo Ernesto Sabato: “El escritor debe ser testigo insobornable de su tiempo, con coraje para decir la verdad y levantarse contra el oficialismo que, engeguecido por sus intereses, pierde de vista la sacralidad de la persona humana”.

Es por eso que José Agustín y sus “Tragicomedias Mexicanas”, no pueden ponerse del lado de quienes hacen la Historia, sino al servicio de quienes la padecen...

Por todo y por siempre, sentido adiós a “San José Agustín”.

R.S.

ÍNDICE

Voltaire, el peligro de la libertad / Fernando Mancillas Treviño	págs. 3 a 5
<i>La historia, la vigilia, lo visible y lo invisible</i> / Gabriel Trujillo Muñoz	págs. 6 y 7
Jon Fosse, la oración del fiordo / Juan Arnau	págs. 8 a 10
<i>Tiempo de orquídeas</i> / Óscar Ángeles Reyes	pág. 11
La culpa fue de Aeroméxico / Eduardo Cruz Vázquez	págs. 12 y 13
Cómo pinocho aprendió a leer / Alberto Manguel	págs. 14 a 18
La palabra anarcocapitalismo / Martín Caparrós	pág. 19
Islas Malvinas: muertos sin sepultura / Rael Salvador	págs. 20 y 21
Homenaje a Gustavo Bueno / Eric Rodríguez Ochoa	págs. 22 y 23
En plan de retiro (Parte II) / Enrique Botello	pág. 24

Palabra no responde a colaboraciones no solicitadas ni asume como propias las opiniones de sus columnistas y comentaristas. La opinión de la revista literaria se encuentra reflejada en su editorial.

Todas las imágenes y fotografías que aparecen en la presente edición son utilizadas con fines informativos. El equipo editorial se ha dado a la tarea de indagar los derechos de autor correspondientes o su procedencia, consciente de su obligada autoría. En caso de omitir algún crédito, ofrecemos una disculpa y agradeceremos la información brindada para incluirlo en una posterior edición.

raelart@hotmail.com

Febrero 2024 / Número 27

Palabra

REVISTA CULTURAL

el Vigía

Director General

Arturo López Juan

Director de Información

Enhoc Santoyo Cid

Director Editorial

Gerardo Sánchez García

Gerente Administrativo

Alfredo Tapia Burgoin

Coordinadora de Publicidad

Ma. Del Socorro Encarnación Osuna

Coordinadora de El Vigía Digital

Sandra Ibarra Anaya

Editor PALABRA

Rael Salvador

Corrector

Manuel Quintero

Diseño Editorial

Arturo Corpus

Fotografía

Enrique Botello

Colaboradores

Carlos Mongar, Sergio Gómez Montero, Gabriel Trujillo Muñoz, Federico Campbell (+), Daniel Salinas Basave, Leobardo Sarabia, Santiago M. Zarria, Manuel Quintero, Enrique Botello, Héctor García M., Óscar Ángeles Reyes, Fernando Mancillas, Iliana Hernández, Ruth Gámez, Herandy Rojas, Carlos-Blas Galindo, Alberto Manguel, Jeanette Sánchez, Martín Caparrós, Alfonso Lorenzana, Eduardo Cruz Vázquez, Eric Rodríguez Ochoa y Juan Arnau.

Corresponsales en el extranjero

Ferdinando Scianna (Italia); Cony Mollet-Sigüenza (Francia); Ramón Ángel Acevedo, “Rakar” (Chile); Patrick Liotta (Argentina); Héctor García Mejía (Los Ángeles).

Corresponsal en Tijuana

Enrique A. Velasco Santana

Av. López Mateos, No. 1875. Ensenada, B. C. México.

Teléfonos para publicidad: 120.55.55, extensión 1023.

VOLTAIRE, EL PELIGRO DE LA LIBERTAD

La trayectoria de su vida y obra revela su relevancia histórica: escribir, hablar y cuestionar las doctrinas oficiales, ser la voz de la Ilustración



Por **Fernando Mancillas Treviño**
Profesor-Investigador
de la Universidad de Sonora
fernamancillas@yahoo.com

*Un mundo que nos ha regalado a Voltaire
tiene algún derecho a que se lo considere el mejor.*
Jorge Luis Borges

*Voltaire es ante todo un gran señor de la inteligencia.
Su nombre en uno de mis escritos
es un verdadero progreso hacia mí mismo.*
Friedrich Nietzsche, *Ecce Homo*

La gente que sólo piensa a medias sólo vive a medias.
Voltaire

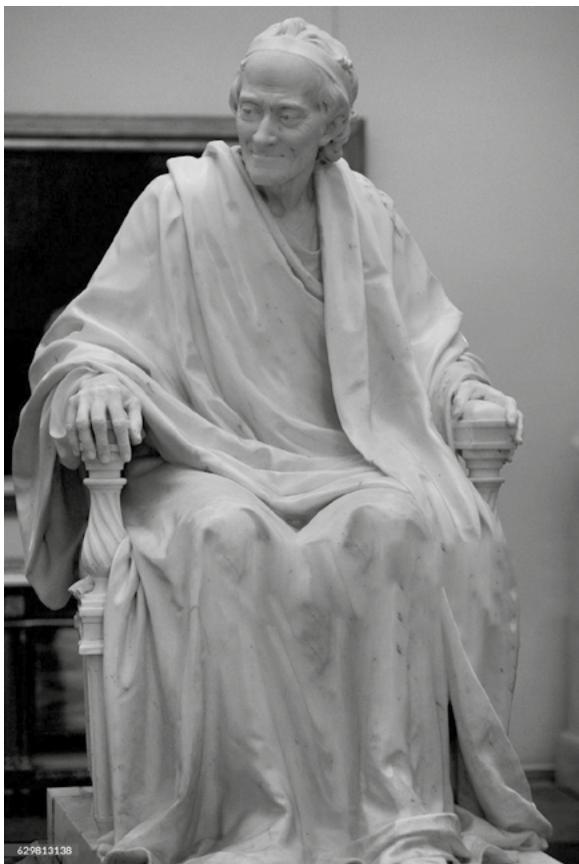
François-Marie Arouet, mejor conocido como Voltaire, nació el 21 de noviembre de 1694, en París, Francia. Desde muy joven descubre su vocación literaria al manifestar a su padre François Arouet —un próspero abogado—, a pesar de su oposición, el anhelo por convertirse en un hombre de letras, y fiel a su orientación expresa: “Los pensamientos de un autor deben entrar en nuestra alma como la luz en nuestros ojos, con placer y sin esfuerzo; y las metáforas deben ser como el cristal, que cubre los objetos, pero los deja ver”.

La importancia de su lectura responde, como lo señala su biógrafo, a que la voz de Voltaire se expresa como la voz de la Ilustración. Siempre quiso ser un gran artista y pensador polifacético como escritor, dramaturgo, ensayista poeta, cuentista e historiador: “En esto triunfó de manera brillante, con una carrera meteórica como el más prominente autor de tragedias clásicas en Francia; y en el proceso se volvió el hombre más célebre y controvertido de Europa, pues la fertilidad de su ingenio, intelecto e imaginación lo mantenía todo el tiempo en el ojo público; si bien fue un *philosophe*, también fue el primer ejemplo de una verdadera celebridad internacional. En otras palabras, se convirtió en uno de los primeros intelectuales públicos de Europa, independiente de cualquier mecenas o patrón; incluso podría decirse que inició una tradición que continúa hasta la fecha en Francia”.

Dado la trayectoria de su vida y obra se revela su relevancia histórica, como indica Ian Davidson* en su libro *Voltaire. Una vida* (México, Ed. Ariel, 2023): “La celebridad de Voltaire fue lo que lo convirtió en la figura paterna de la Ilustración. Lo que más necesitaba era la libertad de escribir y de hablar, y en especial la libertad de cuestionar las doctrinas oficiales; y contaba con dos recursos que le permitían reivindicar estos derechos, en una época en que eran sistemática y ferozmente negados por el Antiguo Régimen: era famoso y rico. Las autoridades no podían efectivamente silenciar su voz porque todo mundo, pero *todo mundo*, quería saber lo que estaba diciendo; y no podían matarlo de hambre para someterlo, porque tenía la independencia que otorga una gran fortuna. En ese sentido, Voltaire se volvió un paladín del principio de la libertad de expresión, al menos de la suya; y hacia el final de su muy larga vida también se convertiría en un paladín de la justicia para otros”.

Desde muy joven, Voltaire manifiesta la gran capacidad de expresión de sus sentimientos en una fina forma literaria. En 1711, a los 17 años, al concluir sus estudios en el Collège de Clermont, y partir anticipadamente su mejor amigo Claude Philippe Fyote de La Marche a su casa, Voltaire le escribe: “Te puedo asegurar, sin ninguna pretensión, que realmente veo que ya no estás aquí. Cada vez que me asomo a la ventana, veo tu cuarto vacío. Ya no oigo tu risa en clase. En todas partes te extraño, y sólo me queda el placer de escribirte y de hablar de ti con tus otros amigos. Con mucho gusto viajaría a Borgoña, para decirte lo que ahora te escribo: tu partida me desorientó de tal manera, que no tuve el ingenio ni la fuerza para hablar, cuando viniste a despedirte”.

A los 19 años, en 1713, compone la *Oda sobre las desgracias del tiempo* y el año siguiente escribe *Le Bourbier* y *L'Anti-Giton*. Producto de sus escritos donde denuncia la decadencia y descomposición de la aristocracia y la Iglesia, Voltaire es encarcelado once meses en la Bastilla, de mayo de 1717 hasta abril de 1718.



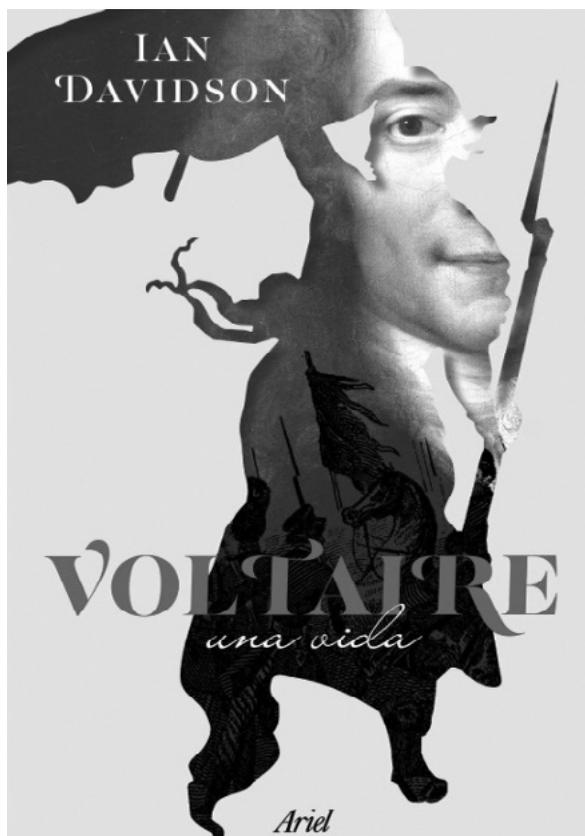
Después de prisión, Voltaire estrena en la Comédie-Française de París el 18 de noviembre de 1718, su primera tragedia *Edipo*, obteniendo un inmediato y rotundo éxito. Ya en el acto IV, escena I, se muestra el implícito filo crítico del autor ante la Iglesia, cuando Yocasta afirma: “Nuestros sacerdotes no son lo que la gente tonta imagina; su sabiduría se basa por entero en nuestra credulidad.” Tuvo una corrida sin precedentes de 32 funciones. En 1720 presentó *Artemire* y *Mariana* en 1724, sin gran fortuna, sino hasta 1730, con el gran éxito de *Brutus*.

Exilio en Inglaterra

Nuevamente en 1726 es encarcelado en la Bastilla y después de su liberación es exiliado en Inglaterra donde se establece por dos años y medio. Debido a su brillante inteligencia su infortunio se transforma en fortuna, cuando aprende muy rápidamente el idioma inglés, lo que le permite estudiar profundamente, en su lengua original, a Isaac Newton, Francis Bacon, John Locke, entre otros grandes pensadores. Su conexión con la liberal cultura inglesa prevaleciente y su contraste con la francesa del Antiguo Régimen es instantánea. Así en una carta escribe: “Sé que es un lugar donde a todas las artes se les honra y se les recompensa, y donde, aunque existen diferencias sociales, la única diferencia entre los hombres se basa en el mérito. Es un país donde la gente piensa libre y noblemente. Sin tener que contenerse por miedos serviles. Si siguiera mi disposición, es ahí [es decir, en Londres] donde debería instalarme, sólo con la idea de aprender a pensar”.

Como un incesante autor, Voltaire escribió dos ensayos en inglés, a principios de diciembre de 1727: *Essay upon the Civil Wars of France* y *Essay upon Epick Poetry*. Además, nutrió notablemente su bagaje dramático al asistir a la temporada de teatro 1726-1727, donde vio las tragedias de Shakespeare: *Otelo*, *Hamlet*, *Macbeth*, *El rey Lear*, *Enrique IV*, *Enrique VIII*, *Ricardo III* y *Julio César*. En marzo de 1728 se publica en Londres, por suscripción, *La Henriada*.

A su regreso a Francia en 1729, Voltaire compone la *Historia de Carlos XII*, *Brutus*, y las *Cartas filosóficas*. Al publicarse en 1731, la *Historia de Carlos XII* es de inmediato requisada por el gobierno y, no obstante, circula clandestinamente. El 21 de abril de 1733 se publican en Londres *Las cartas filosóficas*. Sin embargo, en 1734 al ser publicadas en Francia, la censura las condena rotundamente, con lo cual Voltaire huye de París para evitar ser encarcelado nuevamente.



Hay brillantes observaciones en *Las cartas filosóficas*, como aquella sobre el filósofo británico John Locke (1632, Wrington, Reino Unido - 1704, High Laver, Reino Unido), donde afirma: “Dividid el género humano en veinte partes; diecinueve están compuestas de los que trabajan con sus manos, que nunca sabrán que hay un Locke en el mundo; en la veintava parte restante, ¡qué difícil es encontrar hombres que lean! Y entre los que leen, hay veinte que leen novelas contra uno que lee filosofía. El número de los que piensan es excesivamente pequeño y éstos no se preocupan de trastocar el mundo.” También, por otro lado, observa: “*Edipo*, *Electra*, pertenece a los españoles, a los ingleses y a nosotros, como a los griegos. Pero la buena comedia es la pintura parlante de las ridiculeces de una nación, y si no conocéis la nación a fondo, no podéis juzgar su pintura”.

Destacando la pluralidad y tolerancia religiosa en Inglaterra a diferencia del Antiguo Régimen en Francia, Voltaire apunta: “Entrad en la Bolsa de Londres, ese lugar más respetable que muchas cortes; allí veréis reunidos a los diputados de todas las naciones para la utilidad de los hombres. Allí el judío, el mahometano y el cristiano tratan el uno con el otro como si fuesen de la misma religión, y no dan

el nombre de infieles más que a los que hacen bancarrota; allí el presbiteriano se fía del anabaptista, y el anglicano recibe la promesa del cuáquero. A la salida de esas pacíficas y libres asambleas, los unos se van a la sinagoga y los otros a beber. [...] Si no hubiese en Inglaterra más que una religión, sería de temer el despotismo; si hubiese dos, se cortarían mutuamente el cuello; pero como hay treinta, viven en paz y felices”.

En 1735 exhibe la primera representación de *La muerte de Julio César* y en 1736 se presenta *Alzira o los americanos* y de *El niño pródigo*. También publica el poema irónico *El mundano*, en torno a la felicidad de existir que nuevamente le causa problemas con la censura. En 1738 aparece su estudio *Elementos de la filosofía de Newton*. En 1741 se presenta su obra *Mahoma*, como drama del poder. En 1742 se prohíbe representar *Mahoma* en París, no obstante, se multiplican copias falsas de sus obras.

Mientras su postulación a la Academia Francesa fracasa en 1743, debido a la censura, ese mismo año es elegido miembro de la Royal Society de Londres. En 1744 se publica su obra *Mélope*. En 1745 es nombrado historiógrafo por el rey Luis XV, publicando también *La batalla de Fontenoy*. Después de múltiples triunfos literarios, no es sino hasta 1746 que es elegido miembro de la Academia Francesa. *Zadig o el destino* se publica en 1748. En diciembre de 1751 se publica *El Siglo de Luis XIV*. En 1752 aparece *Micromegas*, un cuento filosófico, retrospectivamente apreciado como uno de los primeros textos de ciencia ficción. Su nueva tragedia *L'orphelin de la Chine* se estrenó en agosto de 1755 en la Comédie-Française de París, con un éxito arrollador.

Incansable y prolífica escritura

En 1756 se publica su obra *Ensayo sobre las costumbres*, contribuyendo en la renovación de los estudios historiográficos y el memorable *Poema sobre el desastre de Lisboa*. En 1757 colabora en el séptimo tomo de la *Enciclopedia* e inicia su *Historia de Rusia*. El 15 de enero de 1759 se publica, bajo seudónimo, su obra maestra *Cándido, o el Optimismo*. Ahí, en una burla a la postura romántica del amor escribió: “He conocido ese amor, ese soberano de los corazones, esa alma de nuestra alma; nunca me valió otra cosa que un beso y veinte puntapiés en el trasero”. Se publicó durante 1759, simultáneamente en Ginebra, París y Ámsterdam, con un éxito popular inmediato, con 6 ó 7 reediciones en París, 2 en Lyon, una en Aviñón, una en Lieja, una en Londres (en francés), tres traducciones al inglés y una al italiano, con una suma total de entre 20 mil y 30 mil ejemplares vendidos, tan solo



Fotos: Archivo Palabra

Francois-Marie Arouet, mejor conocido como Voltaire.

en 1759, a pesar de la feroz censura de las autoridades. Ya en el siglo XVIII se convirtió en un *bestseller* monumental. A fines de 1762 sus obras *Tancredo* y *Alzire* se presentaron con notable éxito. En 1763 aparece *Tratado sobre la tolerancia con motivo de la muerte de Jean Calas*.

En julio de 1764 se publica en Ginebra, de forma anónima, su *Diccionario filosófico* donde se encuentran diversas entradas como: Alma, Amistad, Amor, Ateo, ateísmo, Carácter, Cierzo, certeza, Destino, Entusiasmo, Estados, Gobiernos, Fanatismo, Fe, Filósofo, Guerra, Igualdad, Inquisición, Letras, Hombres de letras o letrados, Locura, Lujó, Materia, Orgullo, Patria, Sentido común, Sueños, Tiranía, Virtud, entre otras. También se convirtió en un *bestseller* inmediato con una segunda edición en otoño de ese mismo año, una edición nueva y aumentada en 1765, dos impresiones ese año, otra edición aumentada en dos tomos, una sexta edición aumentada en dos tomos en 1767, otra edición más en dos tomos en 1769, dos reimpressiones en 1770, otra en 1773, y otras dos en 1776. A pesar de su éxito, o por lo mismo, las autoridades de Ginebra realizaron un proceso contra el libro y a fines de septiembre de 1764 fue quemado públicamente. También fue quemado en París, en la primavera de 1765.

Con su incansable y prolífica escritura, Voltaire, asimismo, publicó una obra similar: *Questions sur*

L'encyclopédie, en 9 tomos, de 1770 a 1772.

En este *Diccionario*, anticipándose a Marx, Simmel y Durkheim, ya Voltaire observa la compleja estratificación y diferenciación en el orden de las clases sociales al indicar: “Es imposible, en nuestro desgraciado globo que los hombres, viviendo en sociedad, no estén divididos en dos clases, una de opresores y otra de oprimidos; y estas dos se subdividen en mil, e incluso estas mil tienen diferentes matices”.

“Producto de sus escritos donde denuncia la decadencia y descomposición de la aristocracia y la Iglesia, Voltaire es encarcelado once meses en la Bastilla, de mayo de 1717 hasta abril de 1718”

Sin duda, no estaría completo el *Diccionario*, sin su definición del accidentado oficio intelectual, al subrayar: “Los hombres de letras han prestado los mejores servicios al pequeño número de seres pensantes repartidos por el mundo, son los letrados que han permanecido aislados; los verdaderos sabios encerrados en su despacho, que no han argumentado en los bancos de las universidades, ni han dicho cosas a medias en las academias; y casi todos han sido perseguidos. Nuestra miserable especie está hecha de tal modo que los que andan por un camino ya andado arrojan siempre piedras a los que enseñan un camino nuevo”.

También en 1764 escribe su influyente obra *El sentimiento de los ciudadanos*, en oposición a Jean-Jacques Rousseau (1712, Ginebra, Suiza - 1778, Ermenonville, Francia) y su obra *Jeannot y Colin*.

Adelantándose 25 años a la Revolución Francesa

de 1789, con su profunda visión premonitória, Voltaire escribió en abril de 1764: “Todo lo que veo siembra semillas de una revolución que vendrá sin falta, pero que yo no tendré el placer de presenciar. Los franceses llegan tarde a todo, pero llegan al fin; la luz se ha pasado tanto de hombre a hombre, que habrá un estallido a la primera oportunidad, y va a ver una buena pelea; los jóvenes tienen suerte, verán cosas tan hermosas”.

Se publica en 1765 *La filosofía de la historia* y *Del horrible peligro de la lectura*, la parodia *El filósofo ignorante* en 1766 y en 1769 *Historia del Parlamento de París*. También aparece su escrito de juventud *El mozo de cuerda tuerto*, en 1774. En 1775 se publica la primera edición de sus *Obras completas*. Escribe también *Cartas de M. de Voltaire a la Academia Francesa*. Publica, en 1776 *La Biblia por fin explicada* y *Del alma*. En 1777 compone la tragedia *Irene* y publica *Diálogos de Evémero*. Todavía el 16 de marzo de 1778, se estrena en la Comédie-Française de París su obra *Irene*, con un rotundo éxito de público. Como señala su biógrafo, en una función especial: “Su presencia en el auditorio provocó un tumulto de prolongados aplausos que retrasó el inicio de la función por más de veinte minutos. Cuando la obra empezó, fue interrumpida constantemente por gritos de adulación a Voltaire. Después de terminar la obra, el telón se levantó de nuevo para revelar un busto de Voltaire en un pedestal a mitad del escenario, rodeado por el elenco de actores, que se turnaron para colocar coronas de laurel en la cabeza de la estatua. Cuando salió del teatro, se encontró con una multitud enorme, y los caballos de su carruaje sólo pudieron avanzar a paso lento”. Con un considerable reconocimiento y gloria en vida, el 30 de mayo de 1778 fallece Voltaire.

REFERENCIAS

Ian Davidson, *Voltaire. Una vida*, México, Ed. Ariel, 2023, 639 páginas.

Voltaire, *Cartas filosóficas. Diccionario filosófico*, México, Ed. Gredos-RBA Editores. Prólogo Fernando Savater. Estudio introductorio Martí Domínguez, 2023.

● *Ian Davidson es un escritor británico, que después de graduarse en Estudios Clásicos en la Universidad de Cambridge, laboró como corresponsal en París y como columnista jefe de asuntos exteriores para el *Financial Times*. Asimismo, escribió *Voltaire in Exile: The Last Years, 1753-78* (2004), *The French Revolution and From Enlightenment to Tyranny* (2018).

LA HISTORIA, LA VIGILIA, LO VISIBLE Y LO INVISIBLE



Por Gabriel Trujillo Muñoz

Escritor y poeta, autor de Espantapájaros y Tijuana city, tres novelas cortas.

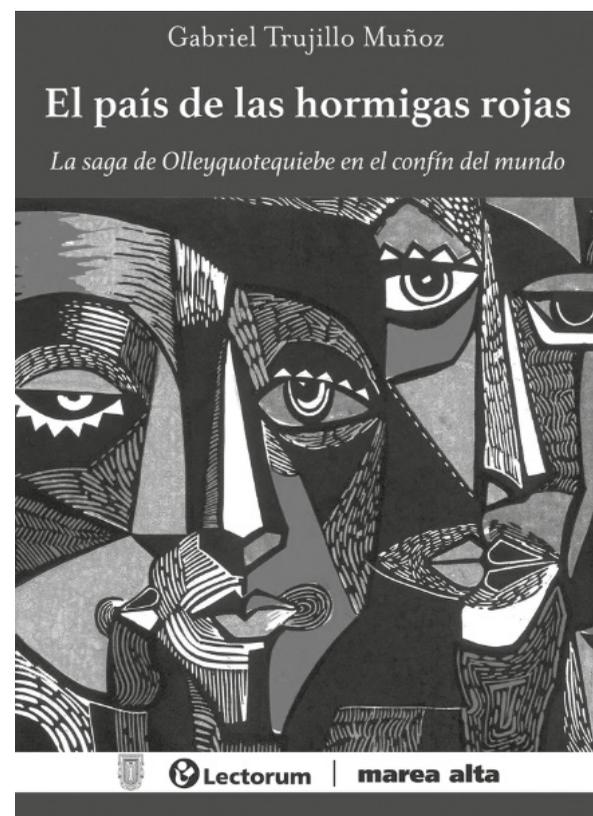
angel.gabriel.trujillo.munoz@uabc.edu.mx

que hacemos nuestro, el mecanismo en cuyo resorte pende el destino del mundo, la acción que cambia el rumbo de la historia e impacta, de manera hermosamente aterradora, en nuestro tiempo.

El pasado, por más lejano o extraño que nos parezca, es asunto personal. Y a la vez es una experiencia comunitaria. Nos une al leerlo, al estudiarlo, al hacerlo parte esencial de nosotros mismos. Viaje de la imaginación con los datos en la mano. Por ello, la novela histórica se sostiene en el deseo de recuperarlo, de revivirlo, de resucitarlo para que de nuevo sea materia viva, espíritu en marcha, escenario donde lo maravilloso y lo terrible coinciden, se amalgaman, se vuelven un solo organismo. Narrar un episodio de la historia es acudir a tiempos remotos para mirarnos en su espejo, para comparar lo que hubo con lo que hay ahora. Se escribe desde el presente para aclarar lo que fuimos, para dilucidar lo que somos a partir de tales orígenes. Narrar lo que ocurrió dándole vuelo a los sucesos conocidos, a los acontecimientos olvidados. Que veamos en tragedias y percances de antaño sus lecciones, sus consejos, sus enseñanzas. Lo que aún tiene que decirnos por sus pensamientos y acciones, por sus anhelos y angustias.

“Recordar aquellos tiempos, los del siglo XVIII novohispano, es retener la luz de un espíritu indomable: el de los pueblos nativos del desierto, el de la vida comunitaria a golpe de mazo y a tiro de fusil”

En el caso de *El país de las hormigas rojas*, mi interés fue contar una vida, la de un indio del norte al que le chillaba el pecho: Olleyquotequiebe, al que los españoles llamaban Salvador Palma. El cabecilla de su nación, el líder de su pueblo, el sabio en su mundo. Un ser humano curioso, asmático, lleno de preguntas por hacer. Un nativo americano que supo ser fiel a su origen y, al mismo tiempo, tuvo la oportunidad de viajar por nuestro país, llegando a visitar la ciudad de los palacios, la gran Ciudad de México. Conoció, pues, el norte y el sur de la Nueva España. Pudo ser un aliado de los virreyes y comandantes de los presidios del septentrión, pero al final se decantó por la rebelión para salvar su cultura, para defender los derechos de su comunidad. En todo caso, fue un jefe yuma que anduvo entre dos mundos. Él es el pro-



tagonista de mi novela, pero no es el único personaje de peso en este relato. Otras figuras, que deambulan entre la realidad y la ficción, son Salinda, la curandera yuma; Francisco Garcés, misionero franciscano, y Juan Bautista de Anza, comandante español en estas lejanías, uno de los personajes principales del encuentro entre dos civilizaciones, entre dos formas distintas de vivir y combatir.

Esta novela es un relato bajacaliforniano por antonomasia. Una remembranza cuyas lecciones aún son necesarias y pertinentes para entender la Baja California en que hoy vivimos, tan incapaz de ver en la cultura nativa de nuestro estado una fuente de esperanza, una ruta a seguir. Por eso *El país de las hormigas rojas* es una novela de gran calado, que se atreve a contar la historia no desde el triunfo de la civilización y el progreso, sino desde la perspectiva de los pueblos

Antes de empezar quiero agradecer a la UABC y a la editorial Lectorum por publicar mi novela, al doctor José Salvador Ruiz, quien fue el primero en hablarme del Premio Nacional de Novela Histórica “Ignacio Solares” y me convenció de participar en el mismo, así como a todos los que hicieron posible la convocatoria, organización y realización de este premio en su convocatoria 2023, especialmente a la Secretaría de Cultura del Estado de Chihuahua, a su directora, la licenciada Rebeca Alejandra Enríquez Gutiérrez, al jurado calificador, a los colegas participantes en este concurso, ya que a todos nos une el amor por contar historias de nuestra historia, por revelar lo antiguo como parte fundamental de lo contemporáneo. Y especialmente aquí quiero hacer mención de Ignacio Solares, a quien le debo, entre muchas otras cosas, el redescubrimiento de Francisco I. Madero como un ser humano que no sólo fue político y revolucionario sino un espiritista en busca de lo ignoto.

En una de sus apariciones alrededor del Premio Nacional de Narrativa Histórica que lleva su nombre, Ignacio Solares dijo que “las cosas no son como las vivimos sino como las recordamos”. De esa sabia idea yo parto para decir que la novela histórica no consiste en contar el pasado tal cual fue, sino que pretende imaginarlo en sus claros y oscuros, en sus paradojas, en sus espejismos de fondo. Que la novela histórica es un acercamiento a tres condiciones primordiales: el ambiente de la época, las ideas que lo permeaban y los personajes que lo encarnaban. En ese duelo de miradas y silencios surge un anhelo, una sorpresa y un ardid. Lo que pretendemos ver, el punto ciego y la mentira de la ficción. Antes de que empiece el tiroteo a la Sergio Leone, todo está en juego. Porque ese juego es el relato



Imágenes: Archivo Palabra

filo de muchos cambios: los de la última expansión del imperio español en América del Norte, el de la adaptación de los yumanos a los nuevos instrumentos para hacer la guerra, como las armas de fuego y los caballos. Pero sobre todo habla de un choque cultural tremendo: el de las generaciones finales de misioneros que intentaron abrir los caminos del desierto nortero con la evangelización forzada y que acabaron pagando las consecuencias de semejante intento colonizador con sus propias vidas.

El desastre de 1781 tiene como perdedores a los misioneros franciscanos, a los soldados del ejército novohispano y a los colonizadores, que creyeron poder apropiarse de las tierras de los yumas porque consideraron a este pueblo como una nación de salvajes. Pero Olleyquotequiebe era todo menos un salvaje: en su existencia había aprendido a conocer a los extraños y a querer descubrir qué tanto eran amigos de confianza y qué tanto eran enemigos jurados. Dependiendo de lo que fue descubriendo con el paso del tiempo, así reaccionó. *El país de las hormigas rojas* cuenta esa travesía entre la amistad y el odio, entre la curiosidad y el desengaño. En sus páginas podemos aprender que aquellas batallas, desarrolladas hace casi 250 años, siguen siendo parte de una guerra que no termina, del mundo que aún habitamos hoy en día. Por eso es importante esta historia. Por eso es necesaria contarla de nuevo.

originales, de quienes ven la tierra como un espíritu colectivo y no como un negocio a explotar. Es un libro que contiene experiencias místicas, ritos de paso, viajes hacia otros mundos, relatos de guerra y preguntas que siguen en pie aún en nuestros días. Allí donde el combate sucede, la palabra intenta darle su lugar, mostrar la sangre derramada, el diálogo inconcluso, la justicia comunitaria. No es una historia maniquea. Sólo es una historia nuestra.

En esta ceremonia de premiación, las ausencias pesan tanto como las presencias. El fallecimiento del maestro Solares nos ha dejado con la tarea de seguir sus indagaciones, de mantener un galardón que premia la historia como ficción compartida entre todos, como relato a muchas voces, como reflexión sobre el México que hoy somos en sus luces y sombras, en sus quimeras y querellas. Un país siempre al borde del abismo, siempre a la orilla de la esperanza. Un país que la novela histórica se dedica a escudriñar desde todos los ángulos posibles. Pues como lo precisara el propio Solares a su amigo José Gordon en ese espléndido libro que es *Ignacio Solares Novelista de lo invisible*: “Cuando se escribe una novela... en retrospectiva estamos

hablando de un destino anunciado”. Porque *El país de las hormigas rojas* es exactamente tal clase de ficción: una que explora cómo un nativo de Aridoamérica, del norte desértico, de la periferia de la Nueva

“El país de las hormigas rojas cuenta esa travesía entre la amistad y el odio, entre la curiosidad y el desengaño. En sus páginas podemos aprender que aquellas batallas, desarrolladas hace casi 250 años, siguen siendo parte de una guerra que no termina, del mundo que aún habitamos hoy en día”

España, contribuyó para forjar un lazo entre yumas y españoles y a la vez aportó su fuerza, su inteligencia y su audacia para romper tal lazo cuando descubrió el precio a pagar para su pueblo. Un destino anunciado, sin duda. Pregón de profecías, de presagios, de espejismos. Narrativa de lo que históricamente sucedió, sí, pero filtrada por el impulso de lo imaginario, lo especulativo y lo fantástico.

Y en ese sentido, recordar aquellos tiempos, los del siglo XVIII novohispano, es retener la luz de un espíritu indomable: el de los pueblos nativos del desierto, el de la vida comunitaria a golpe de mazo y a tiro de fusil. *El país de las hormigas rojas* es tal relato. Un canto a la libertad con sangre en las manos. Un momento de definiciones tajantes, de identidades reveladas. Un episodio donde combatieron por el alma del mundo el dios Coyote y Cristo el sufriente. Mi novela intenta ofrecer un retrato de cuerpo entero de un hombre que estuvo viviendo al

Esta novela la escribí en el transcurso de ocho años y durante todo ese proceso me sentí como un testigo de cargo de aquellos tiempos y aconteceres, de aquellas luchas y desenlaces. Porque lo lejano en el tiempo es un prodigio más cercano de lo que suponemos, donde el aullido del coyote nos acompaña, donde el latido de las arenas es polvo al vuelo, donde la historia es aquí y ahora: una respiración ansiosa, un chillido en el pecho, una canción de guerra en el tumulto de los años. Algo que está vivo, aunque parezca muerto. Algo que renace cada vez que lo recordamos, que lo conjuramos, que lo hacemos nuestro. Muchas gracias. **P**

● Discurso que ofrecí, vía virtual, durante la ceremonia de premiación del *Premio Nacional de Novela Histórica Ignacio Solares 2023*, que se llevó a cabo el 18 de noviembre de 2023 en la ciudad de Chihuahua y que fue otorgado, por la Secretaría de Cultura de esa entidad, a mi novela *El país de las hormigas rojas* (UABC-editorial Lectorum, 2022), en el marco de la Feria del Libro Chihuahua, verificada en el Centro de Convenciones y Exposiciones de esa ciudad. El escritor chihuahuense Luis Héctor Arreola recibió, en mi representación, la medalla “Ignacio Solares” y desde aquí le agradezco tan gran favor.

JON FOSSE, LA ORACIÓN DEL FIORDO

Dramaturgo, poeta, novelista, el Premio Nobel 2023 es autor de cerca de 40 novelas y colecciones de relatos, más de 40 obras teatrales, 13 poemarios, algunos libros para niños



Por Juan Arnau

Escritor y filósofo, profesor titular del Departamento de Filosofía y Sociedad de la Universidad Complutense de Madrid

<http://www.juanarnaud.com/>

Somos paradojas vivientes y sólo las paradojas son ciertas. Por eso la novela es una forma narrativa de la verdad. Frente a ella, la lógica simbólica es una fantasía, una fe de carbonero, como diría Ortega. Los mejores novelistas lo saben: este universo, magnífico, tiene que tener detrás una buena historia. El mecanicismo es pobre narrativamente, también lo es dejarlo todo al azar. Los reinos de la casualidad son opacos. En ambos casos no hay voluntad ni deseo, todo sucede impersonalmente, con gélida indiferencia. ¿Qué deseo podría tener un reloj? ¿Y una ruleta? En ellos no hay emoción ni tragedia, sólo automatismo o ceguera. La física cuántica es loca, imaginativa, extravagante. Con toda probabilidad sintoniza más con lo real que esa otra visión del relojero (Descartes, Newton) o del crupier (Darwin). No deja de ser sorprendente que estas dos visiones, tan incompatibles (mecanicismo estricto y pequeñas variaciones fortuitas), sean los dos pilares de la visión moderna de la realidad.

Fosse llega con su uniforme de escritor. Chaqueta negra y camiseta negra, pantalones vaqueros y botas. El pelo, largo y canoso, recogido en una cola de caballo. Dice que así viste su personaje Asle y que él lo imita. Tiene la voz temblorosa de quien ha visto algo que no se puede contar ni entender. Nuestra conversación se desarrolla bajo una premisa escéptica, wildeana. Cuando un escritor habla de sí mismo, miente. Cuando se le da una máscara, dice la verdad. Fosse se muestra como un magnífico mentiroso. Los encuentros tienen lugar a lo largo de tres días. En un hotel junto a la estación de Bergen (Noruega), en una taberna del puerto (Fosse bebe agua), en el instituto de secundaria de

“El fiordo es el modo en que la tierra amortigua la furia del mar. Extiende sus tentáculos y filtra su impulso, transformando el indómito océano en remanso navegable, espejo de los prados y lugar apacible para la pesca y los juegos”

Øystese; en el tugurio donde tocaba su banda, Hulen (La Gruta); en los jardines de un hotel decadente en Sandven, en el teatro Hordaland donde estrenó sus primeros dramas (que siguen los pasos de su admirado Lorca) y en la casa donde transcurrió su infancia.

La aldea, unas cuantas casas desperdigadas en una colina, se llama como él, Fosse, que significa cascada, torrente impetuoso. Se encuentra en una pequeña bahía del fiordo Hardanger, cerca de Strandebar. El fiordo es el modo en que la tierra amortigua la furia del mar. Extiende sus tentáculos y filtra su impulso, transformando el indómito océano en remanso navegable, espejo de los prados y lugar apacible para la pesca y los juegos. La tierra hace con el fiordo lo que el escritor con las palabras. Apacigua el ímpetu de ese deseo voraz, inagotable, que llamamos naturaleza. Median-

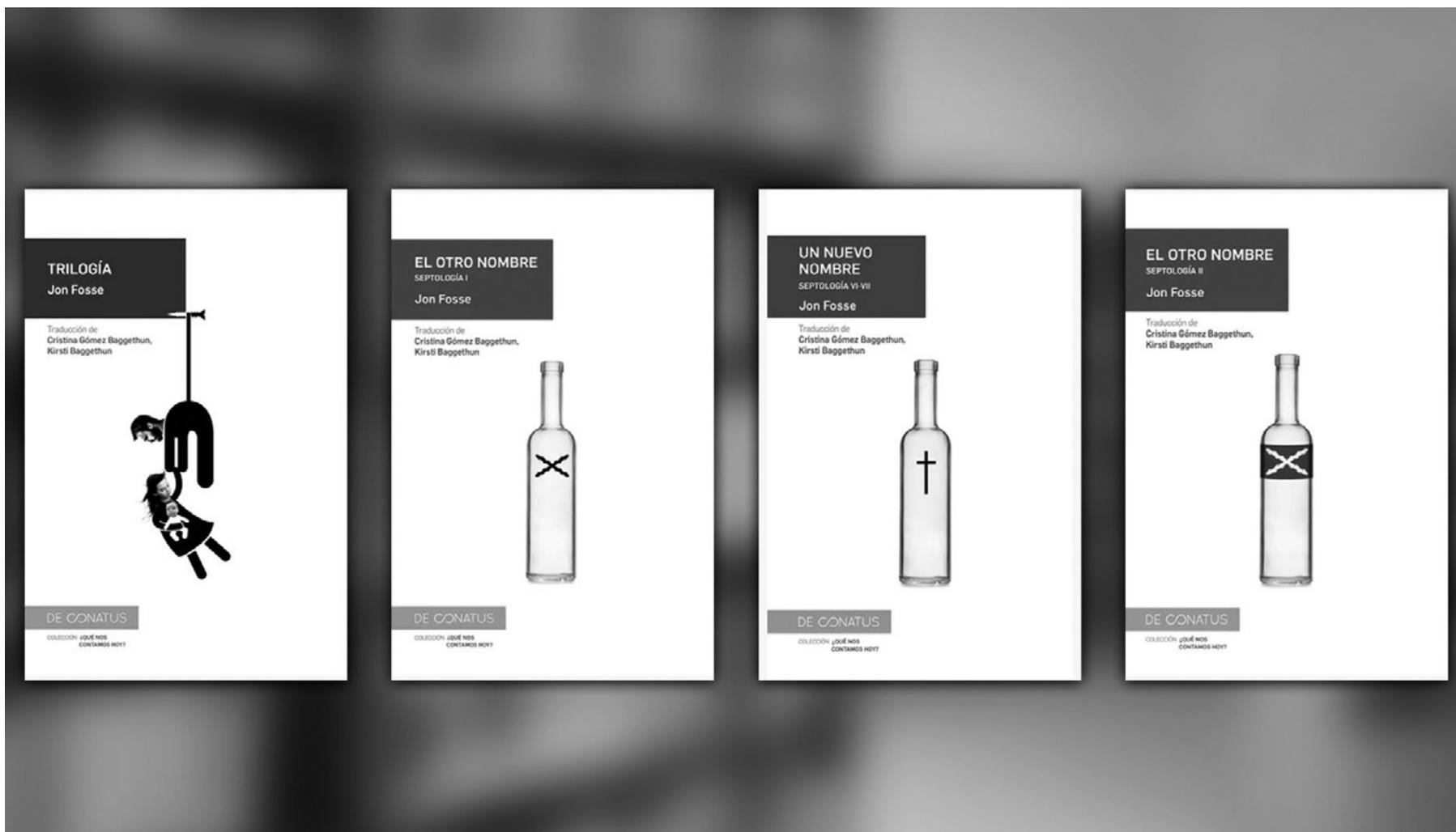


Jon Fosse, Premio Nobel de Literatura 2023.

te las oraciones, el mar abierto de las emociones, sin rumbo aparente, adquiere sentido y pausa.

Fosse confiesa que fue un mal músico y que apenas escucha música. Algo frecuente en quienes viven hipnotizados por la música de las palabras (o, mejor, de las oraciones). Una novela es una larga oración. Los escritores no trabajan con palabras, trabajan con oraciones. Encadenan las frases, las dejan correr o las atan en corto, buscando una melodía secreta, un vaivén, una frecuencia que resuene en el interior del lector y lo atrape. Un balanceo (*slow prose* frente a *fast drama*). Urdir un tejido de oraciones. Esa es la red del novelista, pescador de almas.

La música de la oración es la versión irracional del silogismo y es más cierta que éste. Un algoritmo es una sinfonía mediocre. Insensible a la paradoja, crea pseudorealidad siniestra, un sucedáneo de realidad. Frente a él se yergue la oración, que permite volver a crear-



Portadas de la obra de Fosse traducidas al español.

nos (recrearnos) y revitalizarnos (redescubrimos). La oración tiene, además, otras bondades: te baja de las cimas y te rescata de las profundidades. El alcohol, que reconcilia con el mundo y ofrece cierta calma, acaba dominándolo todo y aboca a la depresión. La oración es una cadencia y, en el teatro, cuando los personajes se armonizan, una canción. Cada personaje es un sonido, una vibración particular. Así lo ha sido y así lo sigue siendo para quien haya experimentado el poder salvífico del arte. Fosse lo tiene muy claro, escribir le da alas, le permite escapar de sí mismo.

En la conversación surge el espectro de Heidegger. El lenguaje es la casa del ser. Está vivo, tiene sus humores y sus estados de ánimo, con los que hay que sintonizar. Fosse es superficial en el buen sentido de la palabra. Su prosa es superficie y símbolo. Lo primero le confiere brillo; lo segundo, hondura. Sus frases están despojadas de todo adorno (ornamento es delito, algo muy septentrional), y su cadencia se mantiene en la traducción, gracias al excelente trabajo de Cristina Gómez Baggethun y Kirsti, su madre. Hay algo en sus personajes que recuerda a *El extranjero*, de Camus,

o *El túnel*, de Sabato. Su estilo, con sus juegos hipotéticos y sus fraseos repetitivos que reivindicaban la musicalidad, tiene algo de Samuel Beckett y de Thomas Bernhard. Entre los pliegues de esa prosa se adivina el silencio. Ese que buscaban los cuáqueros, a los que conoció en su juventud, que se sentaban en círculo, callados, como brahmanes buscando el *atman*, como monjes de un *dojozen*, a la caza de una luz interior.

Hay muchos modos de conocer lo real y todos son legítimos. Eso dice la *Bhagavadgita* y eso dice el principio de complementariedad de Niels Bohr (otro nórdico). Nos acercamos a lo real mediante el rito y la comunión, mediante los sonidos del silencio, mediante una actitud femenina y receptiva, mediante el arte o la literatura. Esta última es la estrategia favorita de Fosse, aunque no desdeña otras. Pero lo divino es incognoscible. Donde antes se ha dicho conocer debería leerse desconocer. Que no venga nadie a decirnos que lo ha conocido. Fosse lo sabe, sabe que no sabe, que lo divino es incognoscible (aunque sea capaz de sentir su presencia). Conoce bien la obra de Eckhart y Heidegger, al primero lo lee

ahora (y se aventura en disquisiciones teológicas), al último lo leyó con fruición en su juventud. Dios no es nada, se esconde en lo más próximo y en lo más lejano, en los pliegues del corazón y la estrella distante. Los cabalistas dicen que no lo hace por diversión, sino por generosidad. Para que el mundo sea, para que podamos existir. Para que haya algo en lugar de nada. Si se mostrara, su luz nos abrasaría. Gracias a que se oculta viven la flor y el escorpión, la nube y la montaña, Dante y Beatriz, Asle y Ales. Ese es el juego de la creación, un juego del escondite. Los niños lo saben. Crear y descubrir son una misma cosa. De ahí que la mejor imagen de Dios sea la nada. Por eso los budistas lo niegan, lo reducen al vacío. Cada cual con su paradoja.

H. H. Price afirma que la cobardía de nuestras hipótesis sobre lo real, y no su extravagancia, es lo que provocará la burla de la posteridad. Price especula sobre el más allá y desarrolla su propia teoría. Después de la muerte, el yo se encuentra en un mundo onírico cuyo contenido son los recuerdos e imágenes mentales suscitadas a lo largo de la vida. La propuesta de Fosse en *Septología*, su gran obra en siete libros que está publicando



con gran acierto y valentía Silvia Bardelás (De Conatus), se acerca a este planteamiento. La imaginación puede modelar la materia. El yo es capaz de flirtear con los recuerdos de toda una vida y crear un ámbito nuevo de imágenes. Cada persona experimentará un mundo propio, no necesariamente solipsista, pues los diferentes yoes pueden comunicarse mediante los sueños. Hay algo en Fosse de la mónada sin ventanas de Leibniz, un asunto muy de nórdicos, denso y reconcentrado. Asle, el protagonista, no es capaz de crear vínculos con los demás. Sólo con Ales, su amada, mediante un vínculo absoluto. Seguirá buscando ese lazo después de la muerte de ella. Un sentimiento de aislamiento amenaza la vida psíquica de todos sus personajes.

Nuestra época trata el arte como una especie de autobiografía. Wilde decía que los únicos artistas encantadores son los malos artistas, los buenos existen sólo en lo que hacen. Fosse entraría en esta categoría. Su vida actual carece completamente de interés, la pretérita (que lo tuvo) fue sólo el pretexto para su arte. *Septología*, con sus recuerdos inventados, es más veraz que el registro riguroso de lo ocu-

rrido. No apela al intelecto ni a las emociones, apela al temperamento artístico. La ética, si hay alguna, es sólo una cuestión de estilo. Un retrato en el que queda muy poco del modelo y mucho del artista. Que la vida imita al arte, en el caso de Fosse, es más que evidente. De hecho, no sólo lo imita, sino que es conformada por éste. El converso al que impresionó la liturgia católica y el sacramento de la comunión, el alcohólico desesperado que reclama la compasión divina (*Kyrie eleison*), conserva el talante del estudiante anarquista, rebelde y solitario, que leía a Marx y tocaba en una banda de rock.

Mentir, decir cosas hermosas y falsas, es el objeto del arte. Pero el pensamiento tiene una vida independiente ahí fuera. Hay que salir en su búsqueda, y para ello lo mejor es estarse quieto, encerrarse en un gabinete, dejar de viajar. Y hay que ser rápido, ponerlo por escrito antes de que se nos escape. Fosse tomó la decisión de escribir después de haber tenido a los siete años una experiencia cercana a la muerte (ECM). Lo cuenta en *Scenes from a Childhood*. En

ese preciso momento la realidad aparece como un sueño y el sueño como una realidad marcada por el brillo de la piedra gris. Se ve sepultado por una avalancha (aunque sabe que no es una avalancha). Se ve tumbado en una camilla, la gente lo rodea, lo evacúan en avión a un hospital. Lo sorprendente, dice, es que él es las piedras de la avalancha que se deshacen y vuelven a formarse hasta que aparece una luz, la luz de la nada, la luz del amor en la piedra. No tiene miedo a morir porque las piedras le dicen que el amor existe, que el amor es. Desde entonces ve la realidad de otra manera.

Esa experiencia lo abocará a una adolescencia rebelde y artística. Primero probará con la música, pero no es un buen guitarrista. Luego, con la literatura. Y, entre medias, el teatro, con el que cosechará prestigio y éxitos. Todas esas palabras, todas esas oraciones, pretenden una transformación radical, buscan *Otro nombre, Otro yo, Un nuevo nombre*. Un tono peculiar, antimoderno, derivado de su conversión al catolicismo, después de una vida de Karamazov. Esta dimensión, extemporánea, da un brillo singular a su obra, pero no es lo más importante de ella. La verdad de *Septología* es sencilla y contundente. Se desvela después de 800 páginas, pero su aparición es más una anamnesis que una revelación. Es un error explicar a Dios mediante la creación. Dios no existe, Dios es. Fosse descubre algo que ya sabía: los estados de ánimo no perduran (ese es su atractivo), pero el amor es la fuerza de lo real. El protagonista, Asle, es un pintor. En sus cuadros intenta reproducir una oscuridad luminosa, que es la versión visual

“Nos acercamos a lo real mediante el rito y la comunión, mediante los sonidos del silencio, mediante una actitud femenina y receptiva, mediante el arte o la literatura”

de la *coincidentia oppositorum* de la que hablaban Heráclito y Nicolás de Cusa. Ese ámbito donde los opuestos se reconcilian, donde lo invisible actúa en lo visible, donde lo que no muere está presente en lo que muere. El mundo puede ser bueno o malo, bello o feo, pero incluso en la peor de las maldades está también lo contrario.

El arte es algo que simplemente ocurre. Sólo hay que estar con la antena puesta, ser receptivo. Escribir es, de alguna forma, escuchar. En su realismo místico, Fosse insiste en que la forma lo es todo. El contenido no importa. Lo dice una vez, dos y una tercera, como una salmodia, cambiando el orden de las palabras, pero transmitiendo la misma idea, el mismo contenido. El contenido no importa, lo que importa es la música de la oración. Sólo la paradoja es real. 

● Encuentro realizado el 17 de marzo de 2023, ni Fosse ni nadie tenía aún noticias del Nobel de Literatura.

Palabra

TIEMPO DE ORQUÍDEAS



Por **Oscar Ángeles Reyes**
Escritor y biólogo por la UAM
todoestodo@gmail.com

Cuando miré en una librería con presencia nacional la novela *Tiempo de orquídeas* (Mañana Lloverá Ediciones, 2015), no dejé de sentir curiosidad y gusto al ver el origen de la publicación y de la escritora: Tijuana, Tecate. Me fui sobre ella, a pesar del pobrísimo diseño de portada (no nos guiemos por las apariencias), y del precio, algo de lo que no nos podemos sustraer quienes nos dedicamos a la docencia.

De lectura sencilla, la novela de Berthalia Meltzer narra las peripecias de dos mujeres, Dolores y Sandra, en una Tijuana desnaturalizada y sin color. Da inicio cuando la jovencísima y mal parecida Sandra —no mucho después transformada en una “mujer exuberante”—, deja Guasave con la promesa a su abuela de encontrar marido; en Tijuana conocerá a Dolores, su antítesis, rubia pudiente, huérfana de padre y madre. Al grito de Sandra: “¡quiero ser puta!”, las protagonistas llegan a un mundillo de sofisticación, situaciones rocambolescas y personajes que desfilan como villanos o benefactores, en una trama en la que la hechicería y la maldad más pueril se encuentran. En ese contexto, las dos mujeres se convierten en artífices de su libertad sexual, hallándose a sí mismas en una sopa de personajes de atributos extraordinarios y deseos elementales.

Trecientas páginas después, la suma de todas las inconsistencias pesa.

Comienzo por la edición: ¿qué se dice cuando es muy mala? Diría terrorífica, con ejemplos muy básicos: interlineado, guiones cortos para diálogos, ortografía, comillas que se abren y no se cierran —y lo contrario—, uso de mayúsculas indebidamente, tipografía (¿Calibri?), huérfanas y viudas... demasiadas áreas de oportunidad. Me atrevo a decir que nadie corrigió la ortografía, ni puntuación, ni sintaxis. Al inicio de la novela hay alternancia errónea

entre la primera y la tercera persona, independientemente de las dos vías narrativas que existen. A pesar de la validez del uso del lenguaje coloquial, se abusa de este, y hay una afición malsana por adjetivos como “interesante”, “elegante”, “delicioso”, “exquisito”, “maravilloso”, “paradisiaco”, como salidas fáciles a la descripción literaria; exagerado uso de la sustantivación, de los lugares comunes, de las escenas comunes; demasiadas coincidencias en la trama, diálogos y situaciones inverosímiles... De fondo, es una novela de corte erótico, con la dificultad que tiene al describir ese tipo de escenas. ¿Cómo lo solucionó la autora? “Metí mi lengua en su vagina y sentí viscoso”, “besarla desafortadamente”, “pechos grandes, lindos”, “redondos y firmes”, “enorme agujón”, “se lanzó como una leona sobre él”, “sabios y ardorosos labios”, “aflorar su humedad”, “ardoroso desahogo”, “órgano carnoso”, que aún me pregunto si era de Sandra o de Peter, ante la ambigüedad de la narración.

“De lectura sencilla, la novela de Berthalia Meltzer narra las peripecias de dos mujeres, Dolores y Sandra, en una Tijuana desnaturalizada y sin color”

Dejando afuera tramas, epifanías existenciales, mecanismos narrativos o arquetipos metafóricos, ¿qué nos ofrece la novela en consonancia con nuestra vida? (se preguntaría Phillip Roth en una de sus novelas), ¿qué deseaba decir Berthalia Meltzer? No deja de ser un ejercicio narrativo detrás del cual hay un sentido —intencional o no—, y no deja de plantear, torpemente, eventos importantes: la liberación sexual de las protagonistas; la presencia del bien y del mal —tema básico en la narrativa literaria y de vida de todos los tiempos—; la accidentada interacción entre los individuos y las relaciones amorosas entre personajes del mismo sexo. Nada mal, visto desde cierta distancia.

Para Milan Kundera, la novela es “la gran forma de la prosa en la que el autor, mediante egos, experimentales (personajes), examina hasta el límite algunos temas de la existencia” (*El arte de la novela*), y aunque también afirma que “sólo la novela supo descubrir el inmenso y misterioso poder de lo fútil” (*El telón*), ¿Meltzer alcanza a llevarnos a la reflexión sobre nuestra naturaleza y la manera de relacionarnos con los otros? No logra darnos una imagen de Tijuana desde su perspectiva, se limita a espacios y a un limitadísimo ambiente que recrea con música de



Imagen: Cortesía

marimba. Lo mismo ocurre con los personajes, achatados por su imposibilidad de desentrañar su yo más auténtico; no basta que Sandra —después Madame Bonifaci— diga que quiere ser puta, yo desearía entender el por qué; y, ¿a qué se debe la transformación de Dolores la rubia, que de enamorada perdida de Muti se desliza a una relación “deliciosa” con la señora Decker?

¿Qué aporta *Tiempo de orquídeas* a la literatura bajacaliforniana? Que dice “Tijuana”, y que se desarrolla entre Sinaloa y San Diego. ¿Eso la hace una novela del norte? Tampoco termina por desplegar como novela negra, ni policiaca, acaso como una de corte sentimental con tintes de superación personal. Más probable, se queda en una narración de hechos que terminan por ser graciosos sin ser ese su objetivo, en una labor de catarsis para la autora, en algo que llaman por ahí “hacer un hijo”, aunque el vástago sea un pequeño monstruo que jamás aprende a hablar. **P**

ESTAR NEPANTLA

La culpa fue de Aeroméxico



Por Eduardo Cruz Vázquez
Periodista, gestor cultural,
ex diplomático cultural, formador
de emprendedores culturales y ante
todo arqueólogo del sector cultural
angol97@yahoo.com.mx



Mi padre, una y otra vez la burra al trigo: “¿Para qué guardas tantas cosas?”, decía. Me he sostenido en los años y ahora que no estás, papá, va para muestra otro botón. En una cajita redescubro mi primera tarjeta de cliente distinguido de Aeroméxico, con vigencia al año 89. ¡Pum! Reacción en cadena.

Hasta los 19 años supe de un vuelo en avión, justamente por Aeroméxico. A Houston con la tía Tony y el tío Juan, ellos con poco tiempo de casados a sus más de 60 primaveras. Un viaje para celebrar que no hubiera muerto en un choque en la autopista al regresar de pasar el día en Cuernavaca, una tarde del año 1980, frente al monumento a Morelos. Cierto: se dio el milagro y aquí sigo contándola.

Muy emocionado, ya en los aires, pedí permiso a la azafata para entrar a la cabina de los pilotos. Vaya escenita. Me cae que no se me olvida el Capitán, de un enorme parecido con el actor Charles Bronson, con esos lentes Ray Ban de pinche envidia, que bien tuve después y mandé al carajo por miope. En alguna otra caja deben andar las muchas fotografías que les tomé a los pilotos, al conmovedor paisaje. El impacto permanece: jamás he vuelto a poner un pie en un lugar de esos.

Ya entonces los mitos alrededor de los sobrecargos eran profundamente sexuales, con numerosas expresiones sobre todo en el cine. Las fantasías, por ejem-

plo, en cierta película de la holandesa Sylvia Kristel, una maravilla, nos alimentaron a numerosos viajeros a intentar tal locura. No pocos nos hemos quedado con las ganas de meternos en uno de los minúsculos baños a concretar el efímero con la musa del vuelo; poco imaginativos aún en el siglo XXI, no hemos podido descifrar las claves para la alucinante encerrona.

Sucede que a partir de cierto momento inicié el segundo de un montón de viajes en avión, debido a mis labores profesionales. Guardo todavía la bitácora de aquellas jornadas.

El país resentía las sacudidas de la crisis económica y Aeroméxico era una muy mala aerolínea. Gente de mi generación recordará las larguísimas esperas, de los retrasos de horas en las distintas rutas, del pésimo servicio, de ciertos aviones, los DC8, con cuatro turbinas, que uno nada más de verlos en su deterioro, daba miedo abordarlos, aunque eran muy bonitos.

En uno de tantos viajes, con ruta a Tijuana, lo juro por los dioses, salimos 8 horas después del horario fijado (de la mañana a la tarde). Como éramos fumadores, en cada comisión, a las últimas filas íbamos a dar para echar humo a lo lindo. Ir a la frontera requería de varias horas, sigue siendo bien lejos en los destinos nacionales.

Lo siento: tampoco la atención de las sobrecargos era de alta reputación, aunque su belleza sí, más allá



Palabra

de las excepciones que no confirmaban la generalización. Además, eran afanes destinados a puras mujeres.

Entonces, de pronto, montados en esa masa metálica cascabelera, beber también era cuestión de método. Esa tarde corrieron los rones y otros tragos, como cortesía con los atarantados pasajeros. Las bebidas se ofrecían en esas hermosas botellitas, cuyo sonido al abrirlas aún hacen tronar la rosca en la memoria.

Entré en alegre plática con una de las azafatas, pegados a la cola del avión, en donde se empotran los carritos de los alimentos, tan malos por cierto (¿recuerdan los infames chilaquiles?).

De estatura como la mía, de piel blanca, delgadísima, ojitos verdes, senos chiquitos, cabello rubio lacio, muy arregladita, con porte “telenovelesco”, con un uniforme sin arrugas, con una voz de narradora escénica, sus movimientos eran de una maestra de yoga o algo así. (Ya imaginarán cuando, antes de subir a los cielos, sus brazos dieron las indicaciones en caso de emergencia. Seguro un tal Alfonso Cuarón se inspiró en una copia de ella.)

Quizá de unos 35 años, es decir, bastante mayor que yo. Caray: ese estilito que tanto me persigue.

Valieron gorro las rutinas que debía hacer a lo largo del pasillo, sus compañeras fueron comprensivas, bonitas cómplices (se saben cobrar facturas). Entradazos en la charla, eso sí, siguió surtiendo de botellitas al respetable que se apersonaba hasta atrás, cual guía de sesiones de maridaje. Andar en los aires hizo que su manejo corporal se tornara más que seductor, como si fuera actriz de alguna novela erótica francesa o española.

En eso de la frontera más intensa del planeta, como es Tijuana, se centró la conversa. Le dimos cuerda a lo que podría ser de nosotros al estar en esa tierra prometida y otras partes de esa región.

Idealizamos un paseo por la famosa Avenida Revolución, con varias entradas a sus bares, con sital de lujo en el célebre restaurante Caesar's; ir a Calafia a acompañar el mar Pacífico, comer langosta en Puerto Nuevo, apostar en las carreras de galgos, aplaudir el zoológico de Hank, también un vinito del Valle de Guadalupe que iniciaba su ebullición, otros tragos en el bar Hussong's de Ensenada, una ida al Hotel Coronado en San Diego, deambular por el Parque Balboa, admirar los portaviones gringos.

“Idealizamos un paseo por la famosa Avenida Revolución, con varias entradas a sus bares, con sital de lujo en el célebre restaurante Caesar's; ir a Calafia a acompañar el mar Pacífico, comer langosta en Puerto Nuevo, apostar en las carreras de galgos, aplaudir el zoológico de Hank, también un vinito del Valle de Guadalupe que iniciaba su ebullición, otros tragos en el bar Hussong's de Ensenada...”

Bueno, ya avanzados, acompañarle en uno de sus vuelos a Londres para pasarla cerca de la Reina Isabel que no cantaba rancheras, ni sabía que llegaría la diáspora mexicana con fines de asilo.

—Tiene que irse a su asiento Encarnación, no se haga pato. No vamos ni a Oaxaca, ni a Atlixco, ni a Chapala, ni a Chimalistac, ni a Mérida, ni San Cristóbal de Las Casas. Ya vamos a aterrizar en el rancho de la tía Juana—.

La fama de la familia aviadora en esas lejanas rutas incluye quedarse una noche en la ciudad de destino, estancia de sucesos misteriosos. Y vaya que en una pernocta pueden ocurrir situaciones que luego se convierten en quehaceres de años, muy a pesar de ciertas disposiciones a la hora de encamarse a la primera provocación (como dicen los que saben de esos manejos).

Allá vamos, pues, Regina, se llamaba. Con su nombre y el del hotel donde se hospedaría, desembarcamos en el aeropuerto, que no dejaba de parecerme una terminal de autobuses, vaya gentío. A pesar de las dos horas menos de diferencia horaria, todo lo ocurrido en las últimas 11 horas y pico parecía un sueño fantástico, como el de la Malinche en Coyoacán.

Decidí hospedarme en el Hotel Palacio Azteca, de una singularidad letal, entre la arquitectura y la gente

del servicio, sobre todo las meseras del bar. Las tripulaciones de Aeroméxico se quedaban en el Radisson, ya muy fifis entonces.

¡Ave María, esos vuelos que se alcanzan! Eso sí, ni los ángeles me salvaron de su reclamo por invitarle un vino tinto artesanal de la región, que resultó un brebaje intragable.

Como se comprenderá fácilmente, llegada cierta hora de la madrugada, ella se preparó para el siguiente vuelo, al fin experta en aterrizajes y despegues, mientras que por mi parte decidí deambular por el bordo, en esa mágica y caliente línea divisoria que es el límite entre dos percepciones de la realidad, la de allá y la de acá, donde rondé en espera de ver a la famosa “mosca” en el cielo nocturno (el helicóptero que cazaba indocumentados).

Así es, querido padre: en esos años había vendedores de bolsas de plástico para proteger los zapatos y hasta las rodillas de los indocumentados, quienes tenían que cruzar un riachuelo. Cruzar a los *Estados Sumidos* parecía juego de niños.

Seguro de echar a correr de vuelta a territorio nacional en el caso de que un agente de la migra me cachara, decidí quedarme unos minutos justo en donde no se es ni de allá ni de acá. Cosa de recuperar las horas, que experimenté como años, en medio de una feroz cruda.

Como ves, papá, antes como ahora a cada uno sus vuelos por andar guardando chácharas del pasado. 📍



Imágenes: Cortesía

CÓMO PINOCHO APRENDIÓ A LEER

El libro de Collodi expone las aventuras de un tipo de aprendizaje que transmite mensajes más que significados, opuesto al que promueve un conocimiento del mundo profundo, imaginativo y práctico; la lectura como territorio ambiguo entre la identidad impuesta y la descubierta por uno mismo



Por Alberto Manguel
Escritor y editor argentino-canadiense,
autor de *Una historia de la lectura*
@albertomanguel

Léi *Las aventuras de Pinocho* de Carlo Collodi por primera vez hace muchos años, en Buenos Aires, cuando tenía ocho o nueve años, en una imprecisa traducción española que incluía las ilustraciones originales en blanco y negro de Mazzanti. Vi la película de Disney tiempo después, y me molestó descubrir multitud de cambios respecto del original: el asmático Tiburón que devoraba a Geppetto se había convertido en Monstruo la Ballena; el Grillo parlante, en vez de aparecer de forma intermitente, había recibido el nombre de Pepito y se pasaba el tiempo persiguiendo a Pinocho con sus buenos consejos; Geppetto el gruñón se había transformado en un viejo agradable con un pez de colores llamado Cleo y un gato llamado Fígaro. Y muchos de los episodios más memorables habían desaparecido. En ningún momento, por ejemplo, presentaba Disney a Pinocho (como hizo Collodi en una escena del libro que se me antojaba envuelta en un aura de pesadilla) siendo testigo de su propia muerte, cuando, después de rechazar su medicina, cuatro conejos “negros como la tinta” venían a buscarlo para llevárselo en un pequeño ataúd negro. En su versión

original, la conversión del Pinocho de madera en un ser de carne y hueso me parecía un itinerario tan excitante como el viaje de Alicia por el País de las Maravillas buscando una salida, o el de Ulises en busca de su amada Ítaca. Excepto por el final: cuando, en las páginas últimas, Pinocho se transforma, como premio, en “un lindo muchacho con los cabellos castaños, los ojos celestes”, solté un grito de entusiasmo y sin embargo me sentí extrañamente insatisfecho.

No lo sabía entonces, pero creo que *Las aventuras de Pinocho* me encantaron porque son las aventuras de un aprendizaje. La saga de la marioneta es la que corresponde a la educación de un ciudadano, la antigua paradoja de alguien que quiere formar parte de la sociedad humana al tiempo que trata de averiguar quién es realmente, no como aparece a los ojos de los demás sino a los suyos propios. Pinocho quiere ser un “niño de verdad”, pero no un niño cualquiera, no una obediente versión reducida del ciudadano ideal. Pinocho quiere ser aquel (quienquiera que sea) que se esconde bajo la madera pintada. Por desgracia (porque Collodi interrumpió la educación de Pinocho a un paso de esta epifanía) nunca lo consigue del todo. Pinocho se convierte en un niño bueno que ha aprendido a leer, pero Pinocho no se convierte nunca en un lector.

Desde el principio, Collodi establece un conflicto entre Pinocho el rebelde y la sociedad de la que desea formar parte. Incluso antes de que Pinocho se transforme en marioneta, se muestra como un pedazo de madera particularmente rebelde. No cree en absoluto en “ser visto y no oído” (el lema del siglo XIX en lo tocante al comportamiento infantil) y provoca una disputa entre Geppetto y su vecino (otra escena más eliminada por Disney). Entonces coge una rabieta cuando descubre que no tiene nada para comer excepto unas peras, y cuando se queda dormido junto al fuego y se quema los dos pies espera que Geppetto (el representante de la sociedad) le talle unos nuevos. Hambriento y lisi-



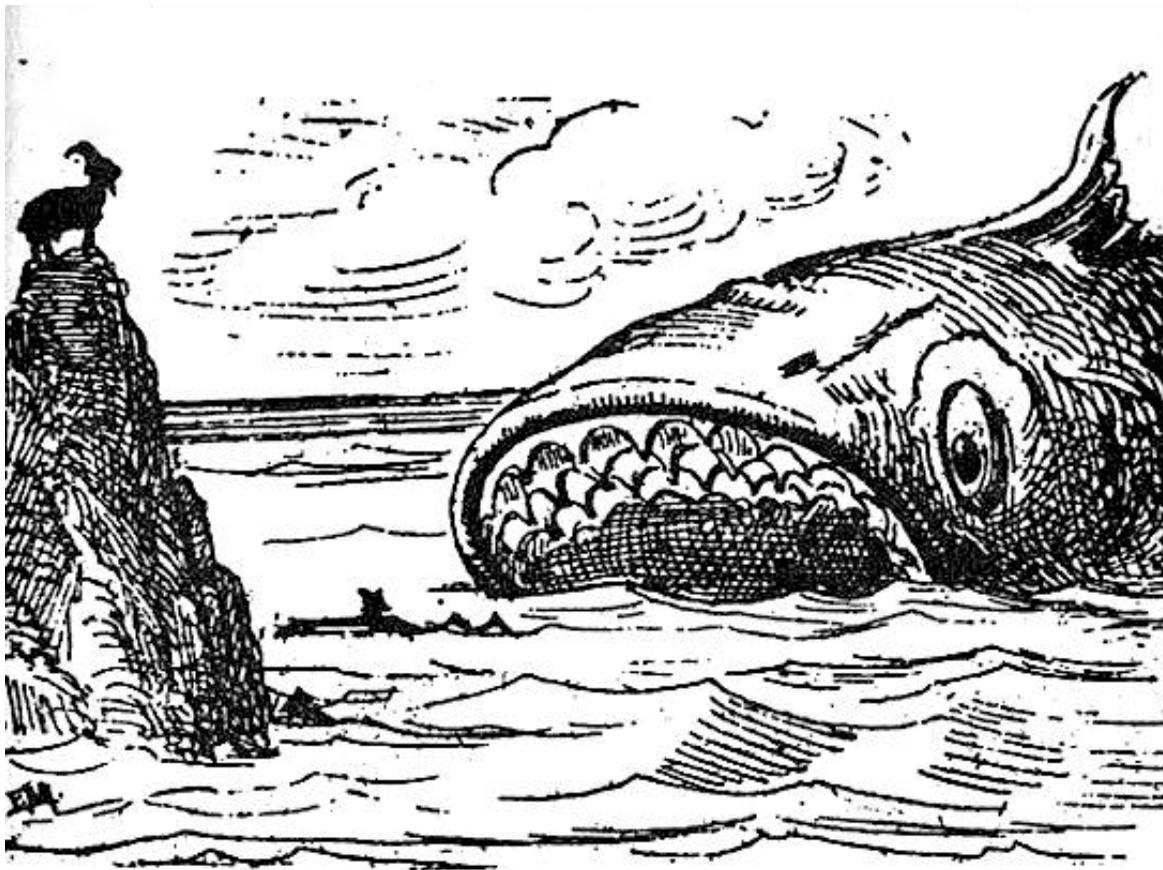


Ilustración: E. Mazzanti, 1883

do, Pinocho el rebelde no se resigna a permanecer en su estado en una sociedad que debería proporcionarle alimento y cuidados médicos. Pero Pinocho, también, es consciente de que habrá de dar algo a cambio de sus exigencias a la sociedad. Y así, una vez que ha recibido alimento y pies nuevos, le dice a Geppetto: “Para poder pagar a usted lo que ha hecho por mí, desde este momento quiero ir a la escuela”.

El campo de entrenamiento; aprender a leer y el poder del lector

En la sociedad de Collodi, el colegio es el ámbito inicial en el que uno se muestra como un ser responsable. El colegio es el campo de entrenamiento donde uno se convierte en alguien capaz de devolverle a la sociedad sus cuidados y atenciones. Así es como lo resume el propio Pinocho: “Hoy mismo quiero aprender a leer; mañana, a escribir, y pasado, las cuentas. En cuanto sepa todo esto ganaré mucho dinero y con lo primero que tenga le compraré a mi papaíto una buena chaqueta de paño. ¿Qué digo de paño? ¡No; ha de ser una chaqueta toda bordada de oro y plata, con botones de brillantes! ¡Bien se lo merece el pobre! ¡Es muy bueno! Tan bueno que para comprarme este libro, y que yo aprenda a leer, ha vendido la única chaqueta que

tenía y se ha quedado en mangas de camisa con este frío”. Porque, a fin de comprarle a Pinocho un *abecedario* (fundamental si quiere ir a clase), Geppetto ha vendido su única chaqueta. Geppetto es un hombre pobre pero, en la sociedad de Collodi, la educación requiere sacrificios.

Así pues, el primer paso para convertirse en ciudadano es aprender a leer. Pero ¿qué significa “aprender a leer”? Varias cosas:

Primero, el proceso mecánico por el cual se aprende el código de escritura que cifra la memoria de una sociedad.

Segundo, el aprendizaje de la sintaxis que gobierna dicho código.

Tercero, el aprendizaje de cómo las inscripciones en dicho código pueden servir para conocernos y conocer el mundo que nos rodea de una forma profunda, imaginativa y práctica. Este tercer aprendizaje es el más difícil, el más peligroso y el más poderoso, y el que Pinocho nunca logra cumplir. Presiones de todo tipo —las tentaciones con que la sociedad lo conduce lejos de sí mismo, las burlas y celos de sus compañe-

ros, la fría y distante guía de sus preceptores morales— levantan ante Pinocho una serie de obstáculos casi infranqueables a la hora de convertirse en lector.

La lectura es una actividad que ha despertado siempre un entusiasmo limitado en aquellos que detentan el poder. No es casualidad que en los siglos XVIII y XIX se aprobaran leyes prohibiendo que los esclavos aprendieran a leer, inclusive la *Biblia*, puesto que (se argumentaba con justeza) todo aquel capaz de leer la *Biblia* puede leer también un tratado abolicionista. Los esfuerzos y estratagemas diseñados por los esclavos para aprender a leer son prueba suficiente de la relación que existe entre la libertad civil y el poder del lector, y del miedo que dicha libertad y dicho poder despiertan en gobernantes de todo tipo.

Pero en una sociedad democrática, antes de que la posibilidad misma de aprender a leer pueda ser tomada en consideración, las leyes de dicha sociedad están obligadas a satisfacer un número de necesidades básicas: alimento, vivienda, cuidados médicos. En un ensayo conmovedor (citado por Nicholas Perella en el prólogo a su traducción inglesa de *Pinocho*), Collodi tiene esto que decir sobre los esfuerzos republicanos para hacer efectivo un sistema de escolarización obligatoria en Italia: “Tal como lo veo, hasta ahora hemos pensado más en las cabezas que en los estómagos de las clases sociales que sufren y están necesitadas. Ahora pensemos un poco más en los estómagos”. Cincuenta años más tarde, Brecht declararía: “Primero la comida y luego la moral”. Pinocho, que no desconoce el hambre, tiene una conciencia clara de este requerimiento básico. Imaginando lo que haría si tuviera cien mil monedas y fuera a convertirse en un caballero adinerado, se fantasea en un bello palacio con una biblioteca “repleta de fruta confitada, pasteles, panettoni, tartas de almendra y bollos rellenos de crema”. Los libros, como bien sabe Pinocho, no alimentan un estómago vacío. Cuando los traviesos compañeros de Pinocho arrojan contra él sus libros con tan mala puntería que éstos caen al mar, una bandada de peces emerge a la superficie y empieza a mordisquear las páginas empapadas; pero apenas dan un bocado los peces se apresuran a escupir el papel, como si dijeran: “¡Uf! ¡Qué malo está esto! Mi cocinera guisa mucho mejor”.

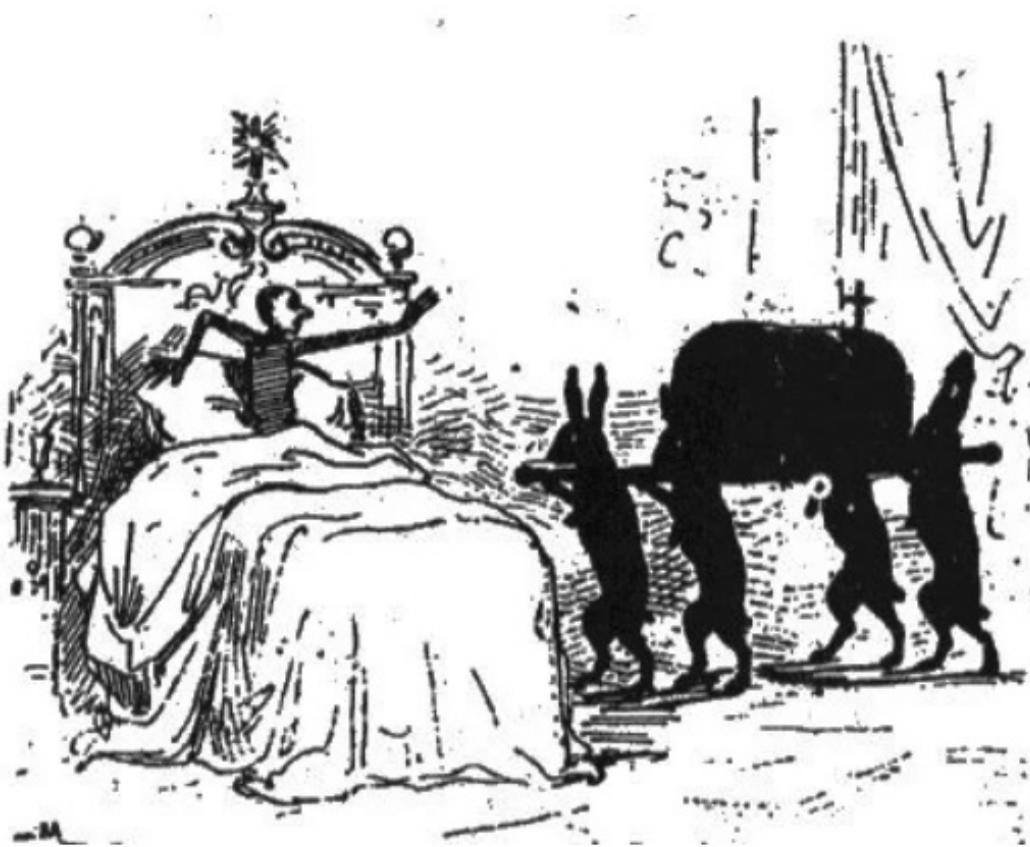
En una sociedad que no cubre las necesidades básicas de los ciudadanos, los libros son un pobre sustento; empleados de manera errónea, pueden ser mortales. Cuando uno de los niños le arroja a Pinocho un grueso y encuadernado *Manual de aritmética*, en vez de alcanzar a la marioneta el libro golpea a otro de los niños en la cabeza, causándole la muerte. No usado, no leído, el libro es un arma mortal.

Incluso mientras pone en marcha un sistema para satisfacer estos requerimientos básicos y establecer un sistema educativo obligatorio, la sociedad le ofrece a Pinocho distracciones y formas tentadoras de entretenimiento que no exigen un esfuerzo mental. Primero bajo la apariencia del Zorro y el Gato, que le dicen a Pinocho que la escuela les ha dejado ciegos y cojos; luego en la creación del País de los Juguetes, que Espárrago, el amigo de Pinocho, describe en estos términos tan atractivos: “Allí no hay escuelas; allí no hay maestros; allí no hay libros [...] ¡Ese es un país como a mí me gusta! ¡Así debieran ser todos los países civilizados!”. Los libros, como es lógico, están asociados en la mente de Espárrago a la dificultad, y la dificultad (lo mismo en el mundo de Pinocho que en el nuestro) ha adquirido un significado negativo que no siempre tuvo. La expresión latina *per ardua adastra*, por las dificultades alcanzamos las estrellas, es casi incomprensible para Pinocho (y para nosotros), pues esperamos que todo se pueda obtener con el mínimo gasto posible.

Pero la sociedad no alienta esta búsqueda necesaria de la dificultad, este aumento de la experiencia. Tan pronto como Pinocho ha padecido sus primeras desventuras y ha aceptado el colegio y se ha convertido en un buen estudiante, los otros chicos lo atacan por ser lo que hoy llamaríamos “un empollón” y se ríen de él por “prestar atención al maestro”. “¡Has hablado como un libro!”, le gritan. El lenguaje puede permitir que el hablante permanezca en la superficie del pensamiento, voceando eslóganes dogmáticos y lugares comunes en blanco y negro, transmitiendo mensajes más que significados, trasladando el peso epistemológico al oyente (como en “ya sabes lo que quiero decir”). O puede intentar recrear una experiencia, dar forma a una idea, explorar en profundidad y sin quedarse en la superficie la intuición de una revelación. Para los demás niños, esta distinción es invisible. Para ellos, el hecho de que Pinocho hable “como un libro” es suficiente para etiquetarlo como un forastero, un traidor, un recluso en su torre de marfil.

Finalmente, la sociedad interpone en el camino de Pinocho una serie de personajes que deben servirle de guías morales, como Virgilio en su exploración de los círculos infernales de este mundo. El Grillo-parlante, a quien Pinocho aplasta contra la pared en un capítulo temprano pero que milagrosamente sobrevive para ayudarlo más adelante; el Hada Azul, que se le aparece primero a Pinocho como la hermosa niña de los cabellos azules en una serie de encuentros oníricos; el Bacalao, un filósofo estoico que, una vez que han sido devorados por el Tiburón, le dice a Pinocho que “es preciso aceptar la situación, y esperar a que el Tiburón nos digiera”. Pero todos estos “maestros” abandonan a Pinocho a su propio sufrimiento y no se muestran

Ilustración: E. Mazzanti, 1883



dispuestos a hacerle compañía en sus momentos de oscuridad y extravío. Ninguno de ellos instruye a Pinocho sobre cómo reflexionar sobre su propia condición, ninguno le alienta a descubrir lo que en verdad significa su deseo de “convertirse en un niño”. Como si se limitaran a recitar libros escolares sin extraer de ellos una lectura personal, estas figuras magistrales están meramente interesadas en una versión académica de la instrucción según la cual, a fin de que la “enseñanza” tenga lugar, basta con atribuirse el papel correspondiente (en este caso, maestro *versus* estudiante). Como maestros son inútiles, pues, a su juicio, sólo han de rendir cuentas a la sociedad, no al estudiante.

A pesar de todos estos obstáculos —diversión, burla, abandono—, Pinocho logra escalar los dos primeros peldaños de la escalera social del aprendizaje: aprender el abecedario y aprender a leer la superficie de un texto. Al llegar ahí se detiene. Los libros, así, se convierten en lugares neutrales en los que ejercer este código aprendido, a fin de extraer a su término una moral convencional. La escuela le ha preparado para leer propaganda.

Tiempo y profundidad, la búsqueda de uno mismo

Dado que Pinocho no ha aprendido a leer en pro-

fundidad, a entrar en un libro y explorarlo en el marco de sus límites a veces inalcanzables, nunca sabrá que sus propias aventuras tienen profundas raíces literarias. Su vida (no lo sabe) es, de hecho, una vida literaria, un compuesto de viejas historias en las que tal vez podría (si aprendiera de veras a leer) reconocer su propia biografía. Y esto es cierto para todo lector formado. En *Las aventuras de Pinocho* resuena una multitud de voces literarias. Es un libro sobre el viaje de un padre buscando a su hijo y el de un hijo buscando a su padre (un argumento secundario de *La Odisea* que Joyce descubriría más tarde); sobre la búsqueda de uno mismo, como en la metamorfosis física del héroe de

Apuleyo en *El asno de oro* y la metamorfosis psicológica del príncipe Hal en *Enrique IV*; sobre el sacrificio y la redención tal como se muestran en las historias sobre la Virgen María y en las sagas de Ariosto; sobre los ritos de iniciación arquetípicos, como en los cuentos de hadas de Perrault (que Collodi tradujo), y en la muy terrenal *Commedia dell'Arte*; sobre los viajes a lo desconocido, como en las crónicas de los exploradores del siglo XVI y en Dante. Puesto que Pinocho no tiene a los libros por fuentes de revelación, los libros no le devuelven el reflejo de su propia experiencia. En sus clases sobre Kafka, Vladimir Nabokov señalaba a sus estudiantes que el insecto en el que se había transfor-

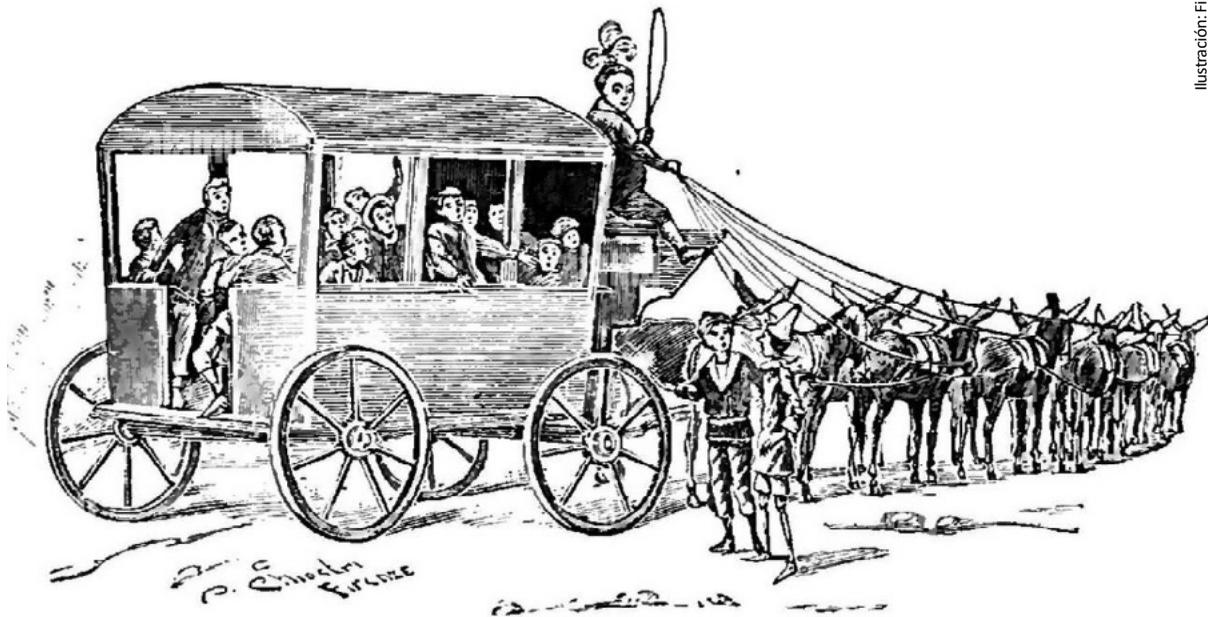


Ilustración: Firenze, 1903

mado Gregor Samsa era, en realidad, un escarabajo alado, una clase de insecto que disponía de alas bajo el caparazón y si sólo Gregor las hubiera descubierto, habría podido escapar. Y entonces Nabokov añadía: “Muchos crecen como Gregor, sin darse cuenta de que también tienen alas y pueden volar”.

Todo esto Pinocho también lo ignoraría si en sus manos cayera un ejemplar de *La metamorfosis*. Todo lo que Pinocho puede hacer, una vez que aprende a leer, es repetir como un loro el discurso de su libro de texto. Asimila las palabras de la página pero no las digiere: es incapaz de hacer suyos los libros porque incluso al final de sus aventuras se muestra incapaz de aplicarlos a su experiencia de sí mismo y del mundo. Aprender el abecedario le lleva, en el último capítulo, a renacer con una identidad humana y a contemplar con divertida satisfacción la marioneta que ha sido. Pero, en un volumen que Collodi nunca escribió, Pinocho tiene aún que enfrentarse a la sociedad con un lenguaje imaginativo que los libros podrían haberle enseñado por medio de la memoria, la asociación, la intuición, la imitación.

La superficial experiencia lectora de Pinocho se opone frontalmente a la de otro héroe (o heroína) ambulante. En el mundo de Alicia, el lenguaje recupera su rica y esencial ambigüedad, y es posible (según Humpty Dumpty) que cualquier palabra diga lo que el hablante quiere que diga. Aunque Alicia refuta suposiciones tan arbitrarias (“pero ‘gloria’ no significa ‘un argumento bien redondeado’, le dice ella”), esta epistemología libertina es la norma en el País de las Maravi-

llas. Mientras que en el mundo de Pinocho el sentido de una palabra impresa carece de ambigüedad, en el mundo de Alicia el sentido de Jabberwocky, por ejemplo, depende de la voluntad del lector. (Puede ser útil recordar aquí que Collodi escribía en un momento en que el idioma italiano estaba siendo fijado de manera oficial por vez primera, tomando como punto de partida diversos dialectos, mientras que el inglés de Lewis Carroll estaba “fijado” desde hacía tiempo y podía ser explorado e interrogado con relativa seguridad.)

Cuando hablo de “aprender a leer” (en el sentido más pleno que mencioné antes), quiero decir algo que se mueve entre dos estilos o filosofías. Pinocho responde a las constricciones de la escolástica que, hasta el siglo XVI, era el método oficial de enseñanza en Europa. En el aula escolástica, el estudiante debía leer según el dictado de la tradición y los comentarios fijos que se habían aceptado como autoridades. El método de Humpty Dumpty es una exageración de las interpretaciones humanistas, una perspectiva revolucionaria según la cual cada lector debe entablar contacto con el texto en sus propios términos. Umberto Eco limitó en la práctica esta libertad al señalar que “los límites de la interpretación coinciden con los límites del sentido común”; a lo que, por supuesto, Humpty Dumpty podría responder que lo que es sentido común para él puede no ser sentido común para Eco. Pero, para la mayoría de los lectores, la noción de “sentido común” posee cierta claridad común y compartida que debe bastarnos. “Aprender a leer”, pues, es hacerse con los

medios lo mismo para apropiarse de un texto (como hace Humpty Dumpty) que para compartir las apropiaciones de otros (como le habría gustado al maestro de Pinocho). En este territorio ambiguo entre posesión y reconocimiento, entre la identidad impuesta por otros y la identidad descubierta por uno mismo, se mueve, en mi opinión, el acto de la lectura.

Hay una paradoja feroz en la médula de todo sistema escolar. Una sociedad necesita impartir el conocimiento de sus códigos a sus ciudadanos, de modo que puedan desempeñarse activamente en ella; pero el conocimiento de ese código, más allá de la simple habilidad para descifrar un eslogan político, un anuncio o un manual de instrucciones básicas, permite a esos mismos ciudadanos cuestionar esa sociedad, desvelar sus males y tratar de remediarlos. El mismo sistema que permite funcionar a una sociedad ofrece el poder para subvertirla, para bien o para mal. Por lo que el maestro, la persona designada por la sociedad para descubrir a sus nuevos miembros los secretos de sus vocabularios compartidos, se convierte de hecho en un peligro, un Sócrates capaz de corromper a la juventud, alguien que debe, por un lado, seguir enseñando sin temor y, por otro, someterse a las leyes de la sociedad que le ha asignado ese puesto; someterse incluso hasta el extremo de la autodestrucción, como fue el caso de Sócrates. Un maestro está preso una y otra vez en este dilema: enseñar a fin de hacer que los estudiantes piensen por su cuenta, pero enseñar, también, según una estructura social que impone un freno al pensamiento. La escuela, en el mundo de Pinocho como en el nuestro, no es un campo de entrenamiento para convertirnos en niños mejores y más plenos, sino un ámbito de iniciación al mundo de los mayores, con sus convenciones, requerimientos burocráticos, acuerdos tácitos y sistema de castas. No existe algo parecido a una escuela para anarquistas y, sin embargo, todo

maestro ha de enseñar anarquismo, debe enseñar a los estudiantes a cuestionar las reglas y normas, a buscar explicaciones en el dogma, a enfrentarse a las imposiciones sin caer en el prejuicio, a exigir autoridad de quienes detentan el poder, a encontrar un lugar desde el que expresar sus propias ideas, incluso si ello significa enfrentarse con, y en última instancia desembarazarse de, su maestro.

En algunas sociedades en las que el acto intelectual tiene prestigio por sí solo, como en muchas sociedades primitivas, al maestro (anciano, chamán, instructor, guardián de la memoria de la tribu) le es más fácil cumplir con sus obligaciones, puesto que la mayor parte de las actividades de tales sociedades está subordinada al acto de enseñar. Pero en la mayoría de

“La lectura es una actividad que ha despertado siempre un entusiasmo limitado en aquellos que detentan el poder”



Ilustración: Bempocad, 1892



Ilustración: Walt Disney, 1940



Ilustración: E. Mazzanti, 1883

parte de las actividades de tales sociedades está subordinada al acto de enseñar. Pero en la mayoría de las sociedades, el acto intelectual carece de todo prestigio. El presupuesto que se destina a la educación es el primero en ser recortado; la mayor parte de nuestros líderes no pasan de tener una cultura básica; nuestros valores nacionales son puramente económicos. Se alaba retóricamente el concepto de cultura y los libros son objeto de celebración pero, en la práctica, en las escuelas y universidades, por ejemplo, las ayudas económicas van destinadas casi siempre a invertir en equipamientos electrónicos (gracias a las fuertes presiones de la industria) y no en papel impreso, con la excusa errónea pero voluntariosa de que este equipamiento es más barato y duradero que el papel y la tinta. En consecuencia, las bibliotecas escolares a lo largo y ancho del mundo están perdiendo rápidamente un territorio fundamental. Nuestras leyes económicas favorecen el continente sobre el contenido, dado que aquél puede ser mercadeado más productivamente y tiene un aspecto más seductor, de modo que nuestro impulso económico se centra en esta tecnología electrónica. Para venderla, la sociedad publicita dos cualidades principales: su rapidez y su inmediatez. “Más rápido que el pensamiento”, reza el anuncio de cierto sistema operativo, un eslogan que la escuela de Pinocho, sin duda, habría aprobado. La oposición es válida, ya que el pensamiento requiere tiempo y profundidad, las dos cualidades esenciales que caracterizan el acto de la lectura.

La enseñanza es un proceso lento y difícil, dos adjetivos que nuestra época considera carencias y no términos elogiosos. Parece casi imposible convencer a nadie hoy día de los méritos de la lentitud y el esfuerzo deliberado. Y, sin embargo, Pinocho sólo podrá

aprender si no tiene prisa para ello, y sólo se convertirá en un individuo pleno gracias al esfuerzo que requiere aprender lentamente. Ya en la época de Colodi, con su énfasis en el discurso de la autoridad, ya en la nuestra, con sus datos infinitamente regurgitados en la punta de los dedos, es relativamente fácil tener una cultura superficial, seguir una comedia televisiva, comprender el chiste de un anuncio, leer un eslogan político, usar un ordenador. Pero si queremos ir más lejos y más adentro, tener el coraje de enfrentarnos a nuestros miedos y dudas y secretos ocultos, cuestionar el funcionamiento de la sociedad en relación con nosotros mismos y con la sociedad, necesitamos aprender a leer de otra manera. Sólo así aprenderemos a pensar. Pinocho puede haberse convertido en un niño al término de sus aventuras, pero, en última instancia, todavía piensa como una marioneta.

Casi todo lo que nos rodea nos empuja a no pensar, a contentarnos con lugares comunes, con un lenguaje dogmático que divide el mundo limpiamente en blanco y negro, bien y mal, ellos y nosotros. Éste es el lenguaje del extremismo, que brota por todas partes hoy día, recordándonos que no ha desaparecido. A las dificultades que entraña reflexionar sobre las paradojas y las preguntas abiertas, sobre las contradicciones y el orden caótico, respondemos con el grito milenar de Catón el Censor en el Senado de Roma, “*Carthago delenda est!*”; “Cartago ha de ser destruida”: la otra civilización no ha de ser tolerada, ha de evitarse el diálogo, la ley ha de imponerse por medio de la exclusión y la aniquilación. Éste es el grito de Putin sobre Chechenia [o Ucrania], de Bush [y todos los presidentes de EE. UU. siguientes] sobre Afganistán e Iraq, de Sharon [Netanyahu] sobre Palestina. Éstos son [o fueron] los argumentos de Haider en Austria, Castro en Cuba,

Gadafi en Libia, Le Pen en Francia, Berlusconi en Italia. Se trata de un lenguaje que finge comunicar pero que, con distintos disfraces, simplemente amenaza; no espera otra respuesta que el silencio obediente. “Sé bueno y sensato”, le dice el Hada Azul a Pinocho al final del libro, “y serás feliz”.

Muchos eslóganes políticos pueden reducirse a este consejo infame. Dar un paso fuera del vocabulario constreñido de lo que la sociedad considera “sensato y bueno” y acceder a uno más vasto, más rico y, sobre todo, más ambiguo, es algo que nos aterroriza, porque este nuevo ámbito de palabras no tiene fronteras y constituye una equivalencia perfecta del pensamiento, la emoción, la intuición. Este vocabulario infinito está abierto a nosotros si nos tomamos el tiempo y hacemos el esfuerzo de explorarlo, y a lo largo de muchos siglos ha forjado palabras a partir de la experiencia a fin de devolvernos el reflejo de nuestra propia experiencia, a fin de permitirnos comprender el mundo y a nosotros mismos. Es más vasto y más perdurable que la biblioteca ideal de Pinocho, repleta de dulces, porque la incluye, metafóricamente, y puede llevarnos a ella, de manera concreta, al permitirnos imaginar formas de cambiar una sociedad en la que Pinocho se muere de hambre, es explotado y torturado, ha sido despojado de su estado infantil, debe permanecer obediente y feliz en su obediencia. Imaginar es disolver barreras, ignorar fronteras, subvertir la visión del mundo que nos ha sido impuesta. Aunque Colodi fue incapaz de conceder a su marioneta este estado final de autoexploración, intuyó, me parece, las posibilidades de sus poderes imaginativos. E incluso cuando afirmó la importancia del pan sobre las palabras, era muy consciente de que la crisis de una sociedad es, en última instancia, una crisis de la imaginación. 

Palabra



Por **Martín Caparrós**
Escritor y periodista argentino,
autor de *El hambre y América*
@martin_caparros

LA PALABRA

ANARCOCAPITALISMO

Es fea. Para empezar es fea, horrible: cocapí y todas esas cosas, anar, talista. Para seguir, es el engaño más cochino.

Hay, a veces, palabras que aparecen y se imponen a la lógica y se difunden aunque lo que dicen sea imposible y, entonces, cada vez, se rien del que las pronuncia. Se divierten: palabras que se miran y se guiñan un ojo y dicen uy qué bruto, ya me dijo otra vez. Pensemos en microgigantes, barbilampiños, polipieles: palabras que contienen su propia negación. O palabras inverosímiles, como si yo me definiera calvopitt: un Brad Pitt con la cara de torta, los ojos pardos arrugados, ni un pelo en el cráneo pero sí, algo en los lóbulos que se parece a las orejas del americano. Las personas, es obvio, se reirían de mí. Por eso esas palabras-chasco suelen tener una carrera corta. Pero ahora hay una que demasiada gente acepta y lanza y reproduce sin reírse: anarcocapitalista, dicen, como si dijeran algo. Calvopitt.

La palabra anarcocapitalismo es un invento que se mantuvo décadas en merecidas sombras. La acuñó Murray Rothbard, un troglodita norteamericano. Nació en el Bronx en 1926, hijo de inmigrantes judíos europeos; aplicado, hacendoso, se volvió economista, matemático, politólogo, y empezó a dar clases y escribir libros. En uno de ellos, hacia 1955, intentó definir el “anarco-capitalismo”: un sistema donde “anarco” significaba que el Estado debía desaparecer para que “el Mercado” pudiera actuar sin regulación, porque el único derecho inalienable, decía, además de la vida, es la propiedad privada, y el Estado la viola recaudando impuestos, apoderándose de los bienes de todos. “El Estado es una banda de ladrones, compuesta por los individuos más inmorales, codiciosos y sin escrúpulos de cada sociedad”, escribió. Y se apropió de la palabra anarquismo y la despojó de todos sus sentidos y se guardó uno solo: el de rechazar el Estado.

Sin Estado, decía, sólo “el Mercado” puede definir y validar las relaciones entre las personas: todos tienen derecho a vender su trabajo y sus propiedades —incluido su cuerpo o partes de su cuerpo— si se les canta o antoja, y nadie tiene la opción de impedirlo: es su libertad. Aquellos que lo sepan hacer bien vivirán bien; los que no, mala suerte muchachos. Comerán los que puedan vender o venderse; los otros, vaya usted a saber, que pedaleen o roben o se mueran. Es la definición de una sociedad hiper-individualista, donde sólo vale el triunfo personal y toda forma de solidaridad es una afrenta. Nada podría estar más lejos de la idea de anarquismo, tanto más comple-

«“anarco-capitalismo”: un sistema donde “anarco” significaba que el Estado debía desaparecer para que “el Mercado” pudiera actuar sin regulación»



Ilustración: Archivo Palabra

ja que el borrón de Rothbard. El anarquismo tuvo su gran momento en el siglo XIX, impulsado por pensadores/militantes como Proudhon, Bakunin, Malatesta, Kropotkin y tantos otros: en esos días era, junto al socialismo, la forma más habitual de rebelarse contra las instituciones y su base económica, el capitalismo.

El anarquismo no se definía contra el Estado: se definía contra el poder. Los sindicatos y grupos anarquistas rechazaban todas sus formas: el dinero, los patrones, los sacerdotes, las armas. El anarquismo no se opone al Estado porque sí ni porque cobra impuestos o impide hacer negocios: lo combate porque es la herramienta de dominio que permite ejercer todos los demás poderes.

El anarquismo nunca se pensó como un sálvese quien pueda: al contrario, se definía como “el orden menos el poder”, sociedades autorreguladas por la solidaridad y colaboración de todos sus miembros para instaurar un orden colectivo igualitario y acabar, precisamente, con el imperio del

dinero. Cuya forma más eficaz y difundida es, en nuestras sociedades, el capitalismo. Por eso “anarco-capitalismo” es una contradicción flagrante, una de las mayores falacias de esta época de identidades falaces. Es obvio que no se puede ser anarquista y capitalista al mismo tiempo. Pero tantos lo repiten, lo aceptan como si fuera siquiera pensable. Habría que evitar la vergüenza de decirlo como, por ejemplo, convendría evitar la de decir catoliceo o pacibelicista. O la de hablar de “libertad” cuando uno sólo quiere tomarse una cerveza —o que lo exploten—. O llamar “cambio” a lo que hicieron los ricos neoliberales de los 90 (del siglo pasado), cuando recuperaron viejos privilegios. No por nada: sólo para mantener cierto respeto por uno mismo, para no ser hablado por el lenguaje de los medios baratos, por el idioma de los amos. Para saber —o disimular que uno no sabe— qué dice cuando habla.

Y me disculpo por los exabruptos: pocas cosas me ponen más nervioso que escuchar cómo millones dicen lo que unos pocos quieren que repitan. Eso, exactamente eso, es lo que esa forma de educación llamada anarquismo siempre quiso evitar. 🗣️

LA VACÍA CUÑA DEL CENOTAFIO

ISLAS MALVINAS: MUERTOS SIN SEPULTURA

En su libro *La otra guerra. Una historia del cementerio argentino en las islas Malvinas, la escritora Leila Guerriero realiza un pormenorizado recuento de daños en la asimétrica inflexión bélica entre Argentina y el Reino Unido*



Por Rael Salvador
Escritor y editor
raelart@hotmail.com

Primera semana de abril de 1982, un nutrido grupo de alumnos —a unas semanas de egresar y justificando “prácticas de campo” concluyentes— realiza preparativos de viaje a la Paz, Baja California Sur.

(En cuatro años cursados, la formación que recibimos como estudiantes es pequeñoburguesa; a lo largo de ocho semestres, sólo dos maestros se adentraron a tocar las problemáticas sociales a fondo —la matanza de Tlatelolco, la guerrilla en México, la Operación Cóndor, la polaridad de la “Guerra Fría”, Vietnam...—; uno de ellos fue el profesor Luis Pavía López, poeta y escritor; el otro llevó por nombre Cirilo Flores Sánchez, quien —sin ser maestro asignado al grupo “B”, generación 1978-1982— en sus peripatéticas rondas por la institución nos ofreció noticias del “Che” Guevara, las “Panteras Negras”,

la Revolución Cubana o las ardientes dictaduras en Sudamérica.)

Instalados ya en el camión oficial de la Escuela Normal Estatal de Ensenada —es el mes de junio—, con hieleras de cerveza y profesorcillos vigilantes y vacilantes, la noticia en la prensa internacional de esas largas semanas del año 1982 era la remarcada cantinela de que “Argentina reconquista las Islas Malvinas”.

Han transcurrido cerca de 42 años desde entonces —las islas (Falkland Islands) continúan en dominio del Reino Unido, desde 1833 (año en que fueron arrebatadas del archipiélago remoto del Atlántico Sur)— y las acciones contabilizadas hasta hoy son un agujero de angustia, infortunio y dolor; en la inflexión bélica los muertos de la conflagración de 10 semanas inútiles se suman por centenas (más de seis).

Inútiles, en todos los sentidos: malcomidos, malsufridos, malenterrados, malidentificados, maladministrados por los Secretarios de la Muerte —compatrio-

tas de la Junta Militar— en un auténtico “carnaval de huesos”.

The Wall, una metáfora de guerra de Pink Floyd, no dejaba de sonar por la carretera, apoyado por un ejército de baterías —para grabadora— más débiles en efectividad y duración que las tristes tropas enviadas por la dictadura argentina.

“Leopoldo Fortunato Galtieri, en una descabellada felonía (...) grabó a fuego la muerte de jóvenes que, encasquetado su corazón en un rancio y fatuo sentimiento patrio, de factura mesiánica, partieron a la encomienda suicida”

El “hijo de puta” de Leopoldo Fortunato Galtieri —que continuó los pasos sanguinarios de Jorge Rafael Videla, cabeza de la dictadura militar implantada en el golpe de 1976 y que sólo el año de 1983 tendría su “Punto Final”—, en una descabellada felonía, haciendo valer su investidura de “teniente coronel y presidente de facto” (renunciante en la derrota), grabó a fuego la muerte de jóvenes que, encasquetado su corazón en un rancio y fatuo sentimiento patrio, de factura mesiánica, partieron a la encomienda suicida.

Digo “hijo de puta”, con la venia que me ofrece el canto de la época, el reclamo popular, la cita fiel, la corroboración bibliográfica: «Después de 1976 —narra



Palabra



Fotos: Archivo Palabra

La escritora y editora Leila Guerriero.

Leila Guerriero en su libro *La otra guerra. Una historia del cementerio argentino en las islas Malvinas* (Nuevos cuadernos Anagrama, 2021)— el régimen había secuestrado y asesinado a miles de ciudadanos, suprimiendo el derecho a huelga y prohibiendo la actividad gremial. Aun así, cincuenta mil personas convergieron en la manifestación [en Plaza de Mayo] que se realizó bajo el lema de “Paz, Pan y Trabajo”, entre gritos de “Galtieri, hijo de puta”, y terminó con enfrentamientos salvajes y más de tres mil detenidos».

Lo curioso es que dos días después, el 2 de abril de 1982 —cuando unos, los del Sur, desembarcaban en las fauces de la muerte, y otros, los del Norte, se embarcaban en viaje de estudios finales—, en «la misma plaza [de Mayo], cien mil ciudadanos eufóricos alzaban banderas patrias y enarbolaban carteles con la leyenda “Viva nuestra marina”, mientras un grito fervoroso avanzaba como la proa de un barco bestial: “¡Galtieri, Galtieri!”».

La dualidad del pensamiento movilizó reducido a su mínima expresión. Y el persistente resplandor serial en los noticieros: “¡No es nada la guerra, vamos ganando!”.

El trabajo de Leila Guerriero es una Luna que avienta luz cruda a un acantilado de cadáveres sin sepultura: “El ejército inglés, que había sufrido 225 bajas, envió a las islas a un oficial de treinta y dos años llamado Geoffrey Cardozo con el fin de ayudar a las tropas en la posguerra”, y Cardozo encontró un panorama desolador e inesperado: “¡Los cuerpos de los combatientes argentinos seguían esparcidos en el campo de batalla!”.

Geoffrey Cardozo recibe la orden de armar un ce-

menterio en el istmo de Darwin, ahí ejerció oficios fúnebres a los insepultos y, de igual manera, a los sepultados —detallando sus pertenencias: carnets, documentos, placas de identificación—, quedando no pocos sin identificar (122, de 239 cuerpos).

En las cruces de los que no tenían dato alguno, sólo la muerte, grabó una leyenda: “Soldado argentino sólo conocido por Dios”. Luego Cardozo regresó a Inglaterra.

Pasado el tiempo, agosto de 2018, Cardozo vuelve a Argentina invitado por el gobierno: recibe una Mención de Honor por la Cámara de Senadores por su trabajo de identificación de sus enemigos caídos en guerra, los cadáveres sin sepultura de los que la Junta Militar no se hizo cargo y que en este tiempo (la segunda década del siglo XXI) han sido reclasificados en el cementerio Darwin —no ajenos a pugnas entre el poder político y los dolientes— por un importante Equipo de Antropología Forense.

Joven heroicidad de hombres transformados en nombres de bronce (después de una “pequeña” demora de tres décadas y media).

En un paginado crucial, Cardozo no olvida lo que su jefe le ha dicho: “Geoffrey, tienes que enterrar a estos soldados, es humanitario”. Cosa normal en el Reino Unido: “Al ser un país con colonias, tenemos cementerios por todo el mundo”.

Y yo recuerdo —y lo confirmo observando las imágenes de la travesía normalista— que para la ocasión me había disfrazado de “guerrillero”, como el “Juglar de América”, Leonardo Favio, quien así ataviado su-

bía a los escenarios en el exilio de la dictadura (ahora que escucho “Para el pueblo...” de Piero): pantalón camuflado, camiseta verde y un paliacate de furia roja al cuello (he de confesar que me veía peor que el payaso de Zelenski —mandamemos de Ucrania, obediente de la OTAN—: impostado, excéntricamente hecho una caricatura).

El lunes 14 de junio de 1982 —que este 2024 caerá en viernes—, setenta y cuatro días después de dubitativos y carniceros oleajes de sangre, frío, temor, deflagración y muerte, la fatídica guerra de las Malvinas concluye: “el comandante británico Jeremy Moore aceptó la rendición del general argentino Mario Benjamín Menéndez”, y entre fotografías de la época y páginas del libro de Leila Guerriero, todavía después de 42 años continuo estupefacto por las siempre absurdas y estúpidas “justificaciones” oficiales que llaman a guerra —como el vilipendiado de Leopoldo Fortunato Galtieri*— y jamás se hacen presentes en ellas para plantar cara a la Muerte.

Al finalizar la guerra en el archipiélago remoto del Atlántico Sur —14 de junio de 1982—, la inauguración de la Copa Mundial de Fútbol de “España 1982” nos toma a todos bajo el agua de La Paz (la franca paz de un grato territorio sureño).

Hay viajes de los que no se vuelve, ni se va; por ello la vacía cuña del cenotafio. 

*Los tribunales de la Historia —argentina e internacional—, hicieron “justicia” con Galtieri (indultado por el presidente Menem, en 1990) sólo con unos cuantos días de encierro domiciliario, acusado de “incompetencia” como jefe militar en la guerra de las Malvinas.

HOMENAJE A GUSTAVO BUENO

En sus múltiples apariciones mediáticas, campos de batalla intelectuales, el filósofo español —desarrollador del “Materialismo Filosófico”— demostró su pasión para iluminar el camino hacia la comprensión y el conocimiento

Pensar, es pensar contra otro.
Gustavo Bueno



Por Eric Rodríguez Ochoa

Filósofo y teólogo con estudios y certificaciones en Criminología y Psicoanálisis. Profesor universitario, investigador y escritor
profesorericrodriguezchoa
@outlook.com

A cuentagotas, se sabe sobre la filosofía de Gustavo Bueno. De Oviedo, Bueno, recibió una educación católica que muchas veces rehusó. Su madre ama de casa y su padre médico de profesión, despertaron la curiosidad por el estudio que más tarde se reflejaría en un gran filósofo, de los últimos que ha dado España. Usted que lee y leerá en efecto, las siguientes líneas, de su consideración hago, que se pretende hacer una reflexión que apunte a su filosofía como sistema —Ortega y Gasset, tiene un libro llamado así: Historia como sistema, de allí la importancia del “sistema filosófico”—, ya que su particular forma de debatir es lo que quizá hoy en día se necesita. Bueno, proponía, regañaba, se levantaba y, acto seguido, se marchaba de los congresos a donde era invitado cuando no le parecía lo que el interlocutor hacía mención. El atrevimiento, rasgo que marcó la identidad del profesor acaecido el 7 de agosto de 2016.

Menos aplausos y más debate

Una de las tantas lecciones que aprendí de Gustavo Bueno, en mis estudios universitarios, yo, un joven que iniciaba la Licenciatura en Filosofía fue que me atreviera a argumentar, a proponer, pensar y escribir. Los académicos a menudo se confían en los aposentos del profesorado, poco escriben, y si lo hacen, algunos, más por imitación, que porque en verdad les apasione. Debates que se definen por elogios y aplausos que muchas veces no llevan a conclusiones satisfactorias. Gustavo Bueno, sabía prácticamente de la mayoría de temas académicos y exponía lo que sabe, no como chisme, no como meme, sino con debates, en publicaciones, conferencias, artículos, clases, porque sabía que el pensamiento se somete a la corte de la opinión pública. El pensador de Oviedo, la mayoría de las veces tuvo encuentros académicos muy acalorados con José Antonio Ma-

“El enfoque del autor de España frente a Europa es un compendio de la filosofía marxista y la teoría de los sistemas”



Ilustración: Pablo García

rina, sí, el que escribió *Memorias de un investigador privado*, donde sostiene una tesis interesante (no nueva): “Muchas veces vemos la resolución a los problemas, pero otras, no encontramos el problema en sí”. Ya había animosidad entre ellos y en congresos se interpelaba el uno a otro con lo que ambos proponían.

Llegó a considerar a Rousseau y a Kant como arcaicos, pero momento, ino se tome a la ligera lo que

piensa sobre estos filósofos!, él lo hacía para incitar al otro, a debatir, pues Gustavo Bueno, sabía porqué llamaba a estos filósofos así a la hora de pensar el Estado. Además, que, para debatir con él, se debía tener un sistema filosófico que respalde las afirmaciones. Hoy en día eventos académicos en donde raras veces se hacen preguntas, pero siempre hay aplausos, no tiene que faltar el debate cuando se amerite.

El Materialismo Filosófico

Gustavo Bueno desarrolló —como referí antes— un sistema filosófico que él mismo denominó: “Materialismo Filosófico”, que se centra en el análisis crítico de las condiciones materiales y cómo se relacionan. Si bien este sistema es reduccionista, él afirmó en diversas entrevistas que es sólo una forma de hacer filosofía. La realidad está desdoblada en planos ontológicos desde la simplicidad hasta la complejidad; su enfoque es un compendio de la filosofía marxista y la teoría de los sistemas.

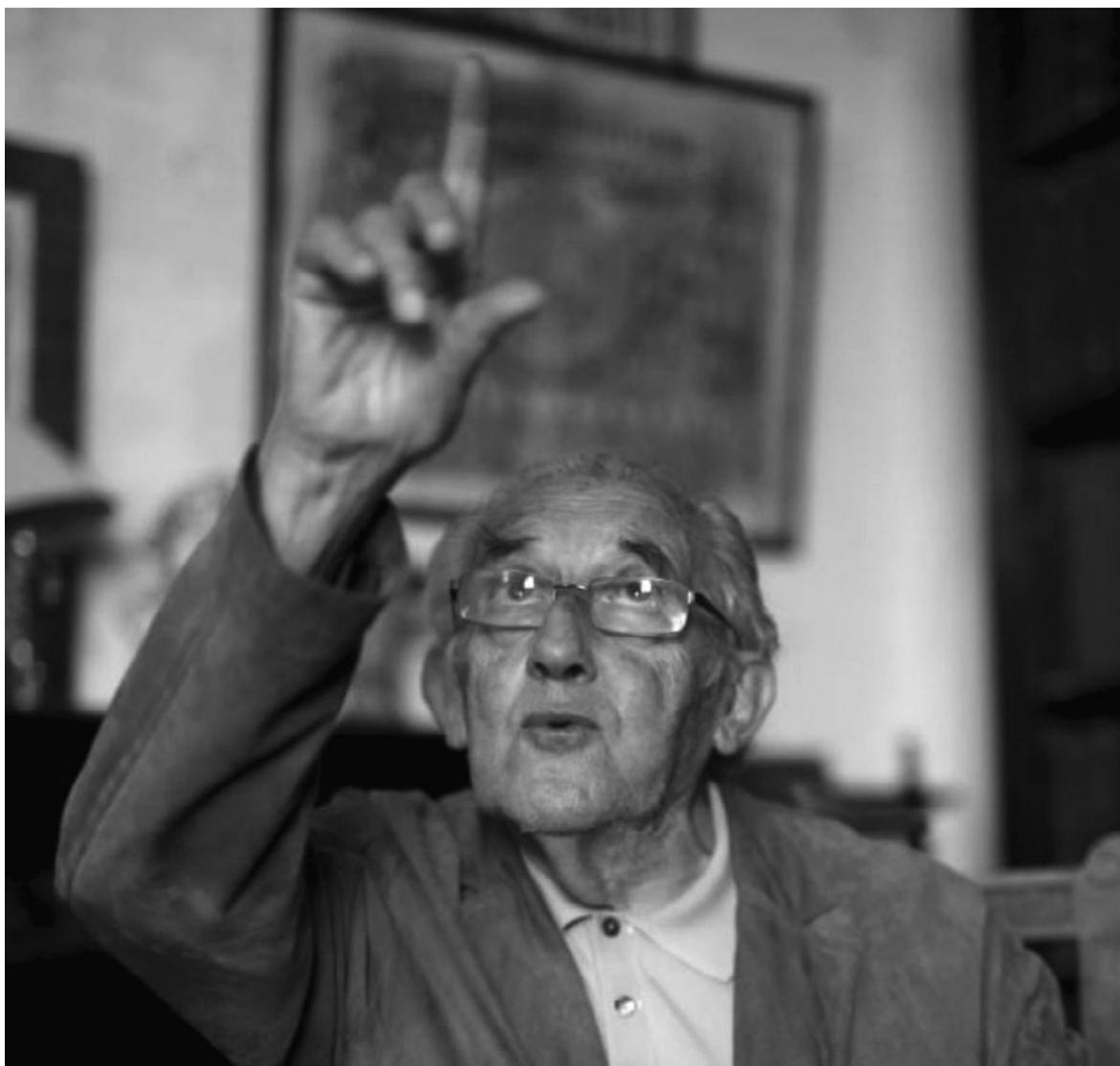
En su trabajo *Teoría del Cierre Categorial* (Bueno, 1985), edifica un sistema complejo en donde aborda discusiones fundamentales de la ontología, ética, política y epistemología. Esta noción de cierre categorial, la tomó prestada de las matemáticas y, desde luego, la teoría de los conjuntos. De allí que nuestra comprensión sea un límite desde estas categorías que definen a un conjunto de saberes y prácticas para articular conceptos y sus significaciones.

El legado

Gustavo Bueno, más que un erudito filósofo, fue un hombre apasionado, cuyo fervor por la reflexión y el debate dejó una marca indeleble en aquellos que tuvieron el privilegio de conocerlo más allá de sus obras escritas. Su personalidad vibrante y su intensidad en los debates se convirtieron en rasgos distintivos que definieron su figura. Él iba a provocar con su pensamiento y a ser provocado.

No sólo contemplaba distante del pensamiento filosófico como hoy en día suele hacerse, era partícipe y comprometido con su propio pensamiento. Sus debates en el programa *Negro sobre Blanco*, conducido por Fernando Sánchez Dragó, eran auténticos campos de batalla intelectuales donde la chispa de la pasión filosófica iluminaba la pantalla. Y los espectadores, tevidentes notaban sus expresiones faciales, gestos enérgicos, y una forma de hablar como si en cada palabra se le fuera la vida, rápidamente.

En varias ocasiones, Bueno expresó abiertamen-



El filósofo y maestro Gustavo Bueno.

te su molestia cuando sus ideas eran cuestionadas o malinterpretadas. Su temperamento apasionado no conocía límites cuando se trataba de defender su perspectiva filosófica. Este rasgo, lejos de restarle credibilidad, añadía un matiz humano a su figura, recordándonos que la filosofía no es sólo un juego intelectual, sino una expresión viva del pensamiento y de lo que uno es.

“La filosofía no es sólo un juego intelectual, sino una expresión viva del pensamiento y de lo que uno es”

Más allá de los libros y las teorías, Bueno era un ser humano complejo, con virtudes y defectos. Su pasión no se limitaba a la filosofía, se extendía a su amor por la música, la literatura y su compromiso social. Este hombre de ideas firmes también mostraba un interés genuino por el mundo que lo rodeaba, lo que le confería una autenticidad que resonaba con aquellos que compartían sus debates o lo escuchaban en sus múltiples apariciones mediáticas.

Gustavo Bueno, con su fuego interno, nos recuerda que la filosofía es más que un conjunto de teorías abstractas: es una expresión apasionada del pensamiento humano, una llama que arde intensamente y que, a pesar de las controversias y debates acalorados, sigue iluminando el camino hacia la comprensión y el conocimiento que hoy en día poco a poco se extingue. 

Bibliografía:

- Bueno, Gustavo. *Teoría del Cierre Categorial y otros ensayos*. Ediciones de la Piqueta, 1985.
- Bueno, Gustavo. *Ensayos Materialistas*. Ediciones de la Piqueta, 1981.
- Bueno, Gustavo. *Ética Filosófica Fundamental*. Editorial Pentalfa, 1991.
- Bueno, Gustavo. *España frente a Europa*. Ediciones B, 2001.

EN PLAN DE RETIRO

(Parte II)



Por Enrique Botello
Fotógrafo y docente de la Facultad
de Artes (UABC)
chocorrol_@hotmail.com

Mis prácticas como pasante de Médico Veterinario Zootecnista, las hice en la clínica de pequeñas especies que está en la unidad central de la Universidad Autónoma de Baja California (UABC) en Mexicali, ahí me empecé a relacionar de manera más cercana con Gabriel Lee, vecino del fraccionamiento Nueva Ensenada y compañero en los últimos semestres de la carrera; compartíamos gustos por la música y los libros, intereses que fortalecieron nuestra amistad. Ya egresados, de vuelta a Ensenada, yo me puse a trabajar con Joel Núñez, donde conocí a Martha Valencia, y después me fui asociado con ella a la clínica que tuvo en la calle Sanginés. Mientras tanto, Gabriel viajó a Oklahoma a estudiar una maestría en aves de corral.

Un año después, Lee regresa, sus expectativas sobre el estudio de las aves no fueron satisfechas y decidió, a pesar de sus padres, renunciar al posgrado. Nos re-encontramos y decidimos instalar una clínica juntos; encontramos un local en el boulevard Costero, una propiedad de los Arámbula, en donde ahora está el Abel's Bar y nació la Clínica Veterinaria "Del Mar", era finales de 1987.

Un día, mientras Gabriel barría la calle, levantó un volante: era una fotocopia fosforescente que anunciaba los cursos que se impartían en Extensión Universitaria de la UABC: teatro, dibujo, pintura, cerámica y fotografía; me lo compartió y los dos coincidimos con entrar al taller de foto.

Al graduarme en Mexicali, no sé de dónde saqué la idea que merecía un regalo por todos los años dedicados a la escuela; les había dicho a mis papás que quería una cámara fotográfica, en ese entonces las cámaras eran caras y la situación económica familiar no estaba para eso; la cámara nunca llegó, mi papá murió en el 87 y sólo me quedó una vieja polaroid que él siempre usaba.

El papá de Gabriel era socio del restaurante de co-

mida china Muy Lam, recientemente se habían instalado en la esquina de Reforma y Diamante, era muy grande, incluía un estacionamiento subterráneo. Otros de los socios y trabajadores eran familiares de los Lee; por la frecuencia con la que iba, hice amistad con un par de parientes: Enrique y Javier. Este último había comprado una cámara fotográfica, una Pentax P3, era un modelo que vendían en el Costco de la calle Palomar en California. Javier no tenía idea de cómo usar la cámara y la tuvo guardada por mucho tiempo. Al inscribirme en el taller de fotografía, se la pedí prestada y así me inicié en el maravilloso mundo de la imagen fotográfica.

El edificio de Extensión Universitaria tenía tres niveles, el de en medio era en donde estaban las oficinas y una sala de usos múltiples (para los talleres de teatro y literatura), en el superior se encontraban los salones de idiomas —en estos estuve unos años antes aprendiendo inglés— y en la parte baja estaban los

salones que circundaban a un pequeño patio central. Este espacio fue un detonante importante de las artes a finales de los años 80 del siglo pasado: el patio y la sala de usos múltiples albergaron exposiciones, puestas en escena, conferencias y muchas más actividades vinculadas al desarrollo creativo de una comunidad que lo demandaba con más fuerza cada día.

“Un día, mientras Gabriel barría la calle, levantó un volante: era una fotocopia fosforescente que anunciaba los cursos que se impartían en Extensión Universitaria de la UABC...”

Mi primer maestro fue Alfonso Cardona, sus técnicas de enseñanza eran ortodoxas y mi formación universitaria me hacía preguntar para entender mejor; muchas veces no había respuestas claras, lo que me dio pie para formarme e informarme de una manera alternativa sobre los temas que me interesaban de la fotografía hasta la llegada de mi segundo maestro, Ricardo Magaña.

Este es el origen del viaje, de mi viaje, que me llevó a conocer mucho sobre mi entorno y sus habitantes, en asiento de primera clase, observando detrás de la cámara. (Continuará.) **P**



Palabra